



HONDA PREOCUPACIÓN

Dib. TOVAR.

LA ESPOSA.—¡Ay, Dios Soberano, que contratiempo! Si pasa alguien y te ve ese remiendo tan mal puesto que llevas en los pantalones ¿qué concepto formará de mí?



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

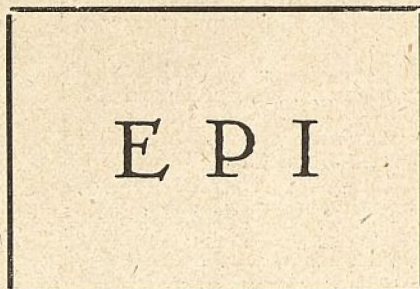
Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

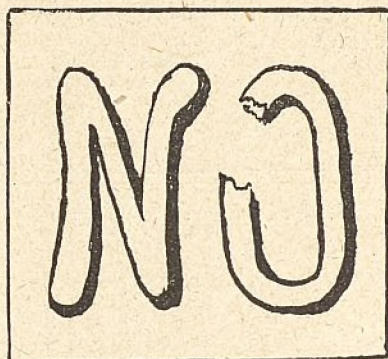
Sección recreativa de BUEN HUMOR

por DIEGO MARSILLA

16.—¡¡Trabajadores!!



17.—Para pasar el rato



Concurso de pasatiempos de julio

Sorteo de premios.

Verificado el sorteo en la fecha señalada, a presencia de numerosos pierdetiempistas, resultaron agraciados los señores siguientes:

PRIMER PREMIO.—Florero fantasía en color, con boquilla plata inglesa a don Antonio García López, de Valladolid.

SEGUNDO PREMIO.—Ensaladera cristal, con cubierto metal blanco, a don Luis Florit, de Castellón.

TERCER PREMIO.—Servicio para huevos, metal blanco, fantasía, a D. Daniel Zuloaga, de Valladolid.

Los objetos para los premios, han sido adquiridos en la acreditada casa SANZ, Espoz y Mina, 40.

Los agraciados podrán recoger sus premios en esta Administración, precisamente cualquier día laborable, de cuatro a ocho de la tarde.



**SOMBREROS
BRAVE
6 · MONTERA · 6**

Concurso de pasatiempos de agosto

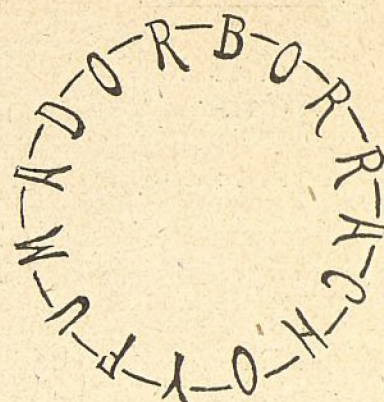
Soluciones

1, Concurso de pasatiempos.—2, Pasodoble.—3, Asolar.—4, (Equivocado).—5, Dios nos asista.—6, Tiene una mayúscula borrachera.—7, Terremoto.—8, Consuetudinario.—9, Acomodadora.—10, La Vía Láctea.—11, Peseta.—12, Reaparición del Gallo.—13, Llámalo hache.—14, La Unión de radioyentes.—15, Alameda.—16, Extremadura.—17, Eliseo.—18, Seguro como el agua en una cesta.—19, Beceite.—20, Entre padres y hermanos no meta las manos.—21, (Equivocada).—22, Al pie de la letra.—23, Avasallado.—24, Isla de Menorca.—25, En el Sardinero.—26, Rapsodia número 2.—27, Camisería.

AVISO A LOS "PIERDETIEMPISTAS"

A fin de evitar, en lo posible, perjuicios a los señores que nos honran con sus envíos, se advierte, aunque ya se venía haciendo, que se considerarán como no PUBLICADOS los pasatiempos que aparezcan equivocados, cuya circunstancia se hará constar, si antes no han sido rectificadas, al publicarse las soluciones del mes a que correspondan.

18.—Razonamiento



De las 9.535 soluciones recibidas, han resultado exactas las remitidas, por los pierdetiempistas siguientes:

1, José Domínguez.—2, María Luisa Besses.—3, Totón Alía.—4, José M. Delgado.—5, María de las Mercedes Arias.—6, Luis Eguía.—7, Teresa Contreras.—8, Manuel F. Sánchez Garrido.—9, Joaquín García L'nares.—10, Román Martín García.—11, Bernardo Sanz.—12, Eloy del Puerto.—13, Manuel García Reyes.—14, Carmen Martín.—15, Alfonso Guzmán, de Madrid.—16, M. Irureta.—17, Adelita Peyrona.—18, Mercedes Peyrona, y 19, Marichu Peyrona, de San Sebastián.—20, Consuelo Salvo.—21, Pilar Salvo, y 22, Fernando Salvo, de La Coruña.—23, María Isabel Urxola, de Valencia.—24, Luis Florit, de Castellón.—25, Luis Orgado, de Albacete.—26, Manuel de Matos, de Ceuta.

El sorteo de premios se verificará públicamente en nuestra Redacción (Plaza del Angel, 5), a las seis de la tarde del día 30 del actual.

Cupón núm. 4

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de septiembre

PARIS Y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro

BELLEZA

No dejarse engañar.
Exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Agua de Colonia «Argent» clase «Primavera»

Fragancia de tonalidad muy florida, fresca y exuberante. Sirve para todos los usos. Precio: desde 1,75 pesetas a 8,50 pesetas, según cabida.

Agua de Colonia «Belleza» clase «Flor Selecta»

Encierra el finísimo, delicioso y persistente perfume de las más delicadas flores, es el símbolo de la distinción. Precio: desde 2,25 ptas. a 13,00 pesetas, según cabida.

Agua de Colonia «Aromas del Monte»

La más alta concentración; perfume incomparable, aristocrático, intenso, varonil. En fricciones o bien mezclada con agua, tonifica el sistema nervioso, fortalece las fibras musculares y comunica al cuerpo insuperable bienestar. Precio: desde 2,50 pesetas a 15,00 ptas., según cabida.

Depilatorio Belleza

Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que



quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A BASE DE NOGAL. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

Tintura Winter

Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla NEGRO CASTAÑO OSCURO, CASTAÑO NATURAL CLARO. Es la mejor, más práctica y más económica.

Otras especialidades: Loción cutánea contra arrugas, granos etc., Cremas y polvos

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal. En Buenos Aires, don Luis Badía, calle Bernardo Irigoyen, 263

Fabricantes: ARGENTE, HERMANOS, Badalona (España)



—Mira, tía, tengo el gusto de presentarte a Pepito, un amigo mío de toda la vida.

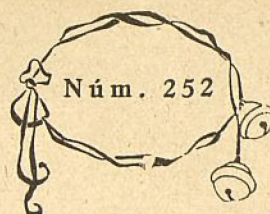
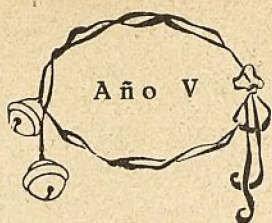
De The Passing-Show.—Londres.



De cómo de descubrir un avispero, se puede llegar a bailar un charleston.

De The Passing-Show.—Londres.

Ayuntamiento de Madrid



UNA IMPRUDENCIA



ES voy a relatar a ustedes un caso convincente en extremo y del cual fui yo mismo protagonista...

Nos mirábamos todos haciéndonos señas de incredulidad, y Alberto, bien porque no advirtiera éstas o porque las despreciase, comenzó:

—Yo también dudaba de las prácticas espiritistas. ¡Resultan tan ridículas!... Eso de que un velador sea el puente que une el mundo de los vivos

con el de los muertos, me resultaba grotesco e inaceptable.

Para arrancarme mi incredulidad fué necesario que un antiguo amigo, fiel creyente, me obligase a asistir a una sesión que en su casa y con la ayuda de un experto médium había de efectuarse.

El imprescindible velador negro acogió mis manos extendidas, manos de ciego ante el misterio, y un espíritu diligente acudió a la llamada que le hacíamos. El espíritu era de mujer, según supimos por las respuestas que daba a nuestras preguntas, y se llamaba Margarita. También pudimos enterarnos de que, en vida había sido hermosa.

—Oye, Margarita—preguntó el médium—; ¿te es posible reencarnar?

Confieso que al oír la contestación afirmativa que el espíritu dió, mi cuerpo tuvo un

estremecimiento medroso. ¡Ahí es nada, ver a un espíritu que adquiere forma corpórea, sentir su voz, poderle tocar!... Si aquel milagro se realizaba no tendría más remedio que creer en la verdad de las prácticas espiritistas.

¡Y el milagro se realizó! De improviso, surgiendo del ambiente, como en las obras de magia, se presentó ante nosotros una mujer.

—Buenas noches—dijo—. Soy Margarita.

Se mostraba a nuestra curiosidad sonriente y complacida. Dió varias vueltas por la estancia, como si fuera la modelo de un modisto y, después, acercándose a mí, me dijo:

—¿Quieres ofrecermé tu brazo, Alberto?

Obedecí y al poco nos encontrábamos en plena calle Margarita y yo...

En este punto del relato, todos los oyentes, sin disimulo alguno, reímos. Y Alberto, molesto por nuestras risas, continuó exaltado:

—¿No creen ustedes lo que digo?... Pues bien, sépanlo de una vez: ¡el espíritu reencarnado de Margarita es mi actual esposa!

Eduardo, el más íntimo amigo de Alberto, que había escuchado la narración con gesto incrédulo, se puso en pie de un salto, cambió de color súbitamente y la expresión de su faz tornóse, de desdeñosa que era antes, en angustiada.

—¡Margarita una muerta! —dijo con voz ahogada—. ¡Qué horrible!...

Cayó al suelo. Alberto, lleno el cerebro de convencimiento y lucidez, murmuró pesaroso mientras socorría al amigo desmayado:

—¡Soy un animal! ¡Me lo debía haber figurado! ¡No debí decirlo delante de él! ¡Qué imprudencia la mía! ¡Qué imprudencia!

JOSE SANTUGINI



Dib. SILENO —Madrid.

No se debe bautizar a los niños hasta que cumplan los cincuenta años

No me propongo hacer un artículo literario, ni mucho menos un artículo gracioso. Los momentos son transcendentales —me lo han asegurado ahora mismo— y transcendentales han de ser nuestras obras.

Me propongo, pues, hacer un artículo transcendental.

Es posible que haya quien no comprenda completamente mi noble propósito.

Jardiel Poncela, tal vez se sonreirá, arrugándose más en una mueca despectiva.

Pero a mí me da mucha lástima de Jardiel Poncela.

Lo proclamo de una manera absoluta porque le puedo.

Y repito: *no se debe bautizar a los niños hasta que cumplan los cincuenta años.*

He aquí un tema llamado a con-

vulsionar intensamente nuestra organización social...

¿Conocen ustedes a alguien que se llame Anacleto?

Seguramente. Entre vuestros amigos habrá algún Anacleto, como en vuestros zapatos habrá alguno que os apriete.

Posiblemente, Anacleto habrá corrido con vosotros a alguna de esas reuniones en las que hay señoritas y se juega a las prendas. Y, arrancando velozmente de este supuesto, habrá llegado una ocasión en la que una señorita os habrá ido preguntando vuestros nombres para *sentenciar*, o, simplemente, para conocer a los dueños de las prendas entregadas.

Y os habréis ido nombrando por turno.

—Yo, Fernando—habrá exclamado uno, con la soberbia que da llamarse así.

—Andrés, yo —habrá dicho otro, más modestamente, pero sin temerse el rubor.

—Roberto...

—Manolo...

—Paco...

—Pepe...

Y, al llegar el turno a vuestro amigo, le habréis visto enrojecer y murmurar muy bajito:

—Yo... Anacleto.

Y a seguido, habrá girado una mirada de disculpa, que habrá ido ahondándose en el charco de vuestras sonrisas conmisericordias o burlonas...

¿Qué necesidad tenía Anacleto de vergonzarse?

¡Pero si carece de responsabilidad! ¡Si él no pudo oponerse!!

Venga, en buen hora, el rubor—síndrome de sensibilidad—cuando confesemos una falta voluntaria, hija de nuestra idiosincrasia, resultante de nuestra *psiquis*. Pero evitemos el rubor, cuando nos le produzca un accidente casi ferroviario, como éste de llamarse Anacleto, absolutamente ajeno a nuestro albedrío.

El nombre—si no lo ha dicho Ramón, debe apresurarse a decirlo—es la etiqueta que nos pegan en el G. B. de la V. (Gran Bazar de la Vida). El Gran Arquitecto nos construye y nos reparte entre los menudos almacenistas al *detalle* a quienes damos el dulce nombre de padres; empero éstos tampoco son absolutamente responsables de la etiqueta que nos pegan. Los padrinos—dependientes mayores—, el señor cura—elemento técnico—, o los abuelos—fabricantes en quiebra—nos hincan a su placer la etiqueta que ha de diferenciarnos a unos de otros a lo largo de la vida.

Y así surgen los Anacletos, los Robustianos, los Epigonios, los Isabelos y los Pancracios. Por su propio gusto no existiría un Gergonio, como no alentaría un jorobado por su capricho.

Esto no es justo. Toda criatura debe escoger su nombre, de igual modo y con la misma libertad que escoge su ropa. De esta manera, Polo presumiría menos —¡la importancia de llamarse Ernesto!— y Gaetano Rapa-guetta (Cayetano Rabanillo en nuestro idioma) no tendría que ocultarse perennemente bajo su Gabriele D'Anunzio luminoso.



Dib. CASERO.—Madrid.

—¡¡Fíjate!! ¡¡Cómo me han salido esas arcadas!!

—¡Como que parece que te has tragado un pelo!

Establezcamos, pues, que es improcedente bautizar a la humana criatura, mientras ésta no tenga la suficiente capacidad para escoger su nombre. Y ¿cuándo posee el hombre esta capacidad?

Reflexionemos...

¿De los diez a los quince años?... No.

A esa edad, el niño tiene capacidad para discernir rápidamente cuál es el pastel mayor de una bandeja; para escoger el juego más en aptitud con sus aficiones y para extraer monedas y pitillos del bolsillo paterno con ponderable habilidad. Pero para escoger su nombre, no. A esa edad, todos se

obstinarian en llamarse Hatteran, Antifer, Artagnan, Han de Islandia o Robinson Crusoe y Pérez.

¿De los dieciocho a los veinticinco...? ¡Jamás!

Epoca romántica... El primer amor... Todo se volvería Abelardos, Romeos, Rigobertos, Fernandos y tal cual Werther...

¿De los treinta a los cuarenta...?

Es peligroso. A esa edad suele estar el hombre muy ocupado: la casa, los hijos, el hígado de la señora...; no le queda tiempo para nada; escogería un nombre al azar, le olvidaría luego... sería un lío...

¿Los cincuenta?

La plena madurez...

Esta es la edad. El que escogiese el nombre de León, estaría seguro de no llevarle al ridículo; ni el Plácido tampoco, ni el Justo, ni el Cándido, ni el Pascual...

Y más certeramente aún: a esa edad la criatura humana puede escoger su nombre impunemente; a esa edad no se llama uno como quiere llamarse.

Se llama... lo que quieren llamarle los demás, que es, en definitiva, el verdadero nombre que dejamos al abandonar definitivamente este valle de lágrimas.

FRANCISCO RAMOS DE CASTRO

INICIACIÓN EN INICIALES

Iba yo con uno de mis mejores amigos, por la calle, cuando éste se para ante un escaparate de una tienda de flores y —después de mirar a todos lados, para convencerse de que había gente que le pudiera oír—, me dice señalando diversos letreros y con pronunciación casi checoeslovaca:

—On parle français. English spoken. Iris pseudoarocus. Amigdalís comuriis.

—¿Eh?

—Ya sabes que esta es mi especialidad.

—¿Eh? ¿Cómo?—balbucía yo sin comprender.

—¿Pero no has visto esos letreros?

—Sí.

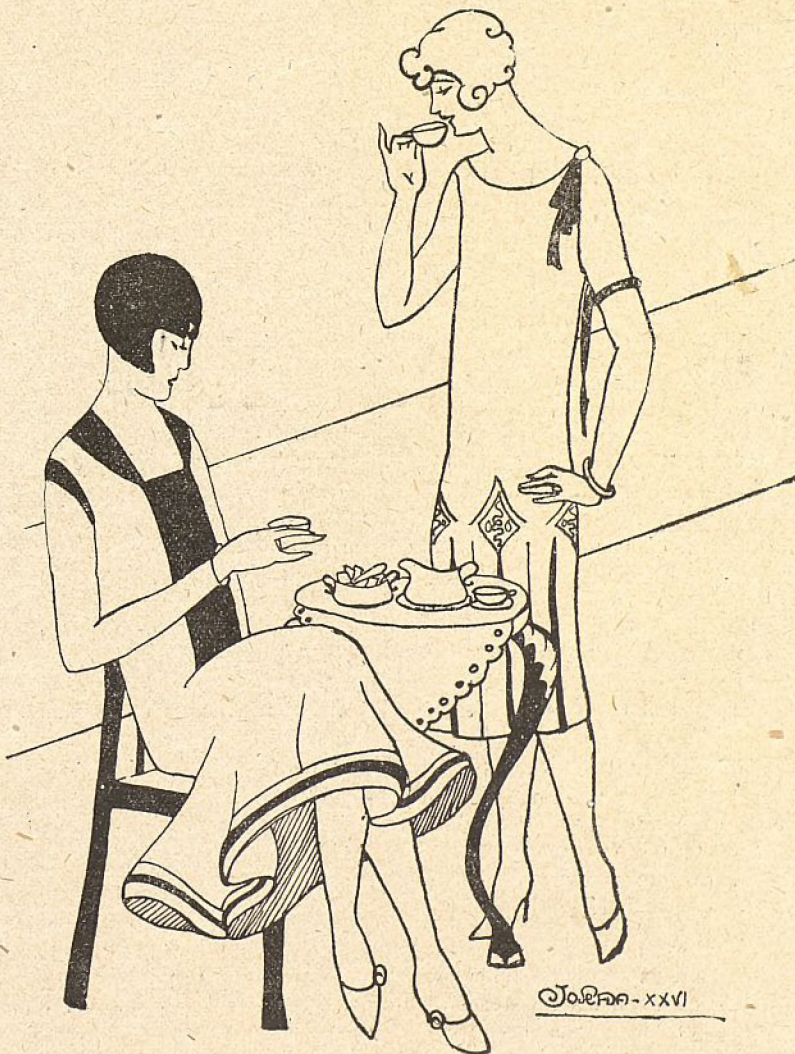
—Pues fíjate bien—me dijo, señalando uno a uno y por el mismo orden los cuatro rótulos.—Se habla francés. Se habla inglés. Lirio. Al-mendro.

Yo abrí la boca embozado y le miraba con desconfianza, como si me hubiera dicho un "camelo".

Los transeúntes que había parados en el escaparate dirigieron a mi amigo una mirada que era a la par escrutadora y de admiración.

—¿Te has empapado?—me dijo cogiéndome del brazo y siguiendo calle arriba.

Al desfilar por las tiendas me iba leyendo y traduciendo los carteles en extranjero.



—¿Te cuesta muy caro el té?

—Tres reales.

—¿Tres reales nada más?

—Es el precio de la tasa.

Dib. JOSEFINA PEÑALVER. — Madrid.



Dib. MEL.—Madrid.

—Pues sí, chica, Polito le dió una torta al referee que le hizo tragarse el silbato. Y es lo que decía él después... Después de esto ¿qué pito toco yo aquí?

En uno de sus arrobamientos le interrumpo bruscamente.

—¡Hombre, Pepe! Tengo en casa un despertador que no hay quien lo entienda; le compré hace unos días, pero tiene tantos resortes y tantas llaves con unas letras tan raras, pienso en tu especialidad!

—Pues vamos a tu casa.

Emprendimos el camino a buen paso—"tren" que dicen los revisteros de deportes—, y llegamos a los pocos minutos.

Sobre la mesa lucía, majestuoso, el despertador.

—¡Ah! Es muy bueno—me dice

mi amigo tomándolo en la mano.

Y sin advertirme más empieza a dar vueltas a las llaves, a mover las palancas y a atornillar y desatornillar unos tornillos.

Ruidos de hoja de lata, grandes rozamientos y encordeadores golpes se sucedían en el interior del reloj despertador; después un tremendo crujido.

El corazón me dió un vuelco—estaba en diástole y tuve que ponerle de pie con un esfuerzo de sugestión, para que pasase a sístole.

—¡Imbécil!, me lo has estropeado—le chillé lanzándome sobre él.

—Idiota, ¿pero qué dices? ¡¡Mira!!

Y me mostró el despertador juntamente con su reloj. Ambos marcaban las cinco.

—Pero ese ruido, ¿no oyes? Parece que hay dentro un perro comiendo huesos.

—Déjalo. Vamos a hablar de otra cosa.

A pesar mío estuvimos hablando tonterías durante media hora.

Entonces sonó el despertador. Pepe puso su reloj al lado; marcaban las cinco y media. Mi amigo movió una palanca y el timbre paró. La movió en sentido contrario y siguió sonando.

—Ya está, fíjate qué sencillo.

Y despertador en mano comenzó la explicación:

—Moviendo este tornillo gira la aguja del despertador.

—¿Qué quiere decir AL, que pone debajo?

—AL dar vuelta se mueve la aguja del despertador.

—¡Estupendo!

—Dando vueltas a este otro tornillo se mueven las agujas del reloj.

—¿Y la H quiere decir?.....

—Horario. ¿Ves esta palanquita? Pues al ponerla en esta A suena el timbre del despertador y al ponerla en la S deja de sonar.

—Está mal. Debía ser al revés para que la S dijera suena; y la A, alto.

—¡No hombre! Como el despertador es para levantarse de la cama la A quiere decir ¡Ale, Ale!; y la S, Sin timbre.

—¡Ah!..., ya..., ya...

—Esta palanca que se mueve de F a S sirve para retrasar el reloj en la S y adelantarlo en la F. La S quiere decir Se atrasa; y la F, Fuertemente adelantado.

—¿Y estas A y T que tienen las dos llaves de la cuerda?

—Pues una da cuerda al timbre y la otra al reloj.

—¿Pero qué quiere decir A y T?

—¡Chico!, la verdad es que no estoy muy seguro. Pero me parece que como la radio está tan en boga, este chisme, además de reloj despertador, es también receptor de galena.

—¡Hombre, Pepe! ¿Qué me dices?

—Bien claro está. A y T. ¡Antena y Tierra!

PEDRO GARCIA ORMAECHEA

EL CLUB DE LOS IMPOSIBLES

Este club, cuyo rarísimo nombre les habrá dejado a ustedes estupefactos, se fundó en Londres, hace ya treinta años (es decir, cuando *Chelito* comenzó a envejecer), por unos cuantos tíos desocupados y sonrientes, que no sabían qué hacer para hacerse célebres y que hicieron esta tontería como podían haber hecho encaje de bolillos o buñuelos de viento al por mayor.

El objeto del club de los imposibles, era, como su nombre indica, el procurar que sus socios realizasen toda clase de hazañas difíciles y arduas. No se exigía para ingresar en él más que la demostración de que se había hecho una barbaridad (irrealizable al parecer) y la promesa de que se intentaría hacer otra mayor, por imposible que pareciese.

Ingresaron en principio veinte socios que reunían las condiciones exigidas: el uno había casado a su hija con un par, cosa que se reputó difícilísima, porque generalmente, las bodas de las hijas se celebran con un solo individuo, cuando se celebran, que a veces no se celebran porque no hay quien pique; otro socio, dueño de un vivero, había logrado hacer pasar por bueno un árbol falsificado y después de eso siguió vendiendo la mar de ellos que, aunque no eran falsos, tenían hoja; otro socio había llegado a conseguir hacer cosquillas a su suegra y a que la buena señora (¿buena?) no lo tomase a mal; otro socio había cruzado en automóvil el desierto de Libia, en calidad de viajante de una fábrica de relojes de Berna; y, mientras él iba en auto, los relojes fueron andando; otro socio había ido con una escopeta al monte y, en lugar de volver con catorce perdices, había vuelto con una papeleta; otro socio, que pilló a su mujer en brazos de un droguero, demostró que ella no le había engañado porque ya le había advertido antes que sucedería eso el día menos pensado; otro socio, profesor de gramática, había conseguido que un negro de Guinea hablase claro el inglés, empresa difícilísima, porque el negro, generalmente, habla negro y para hacerle que hable claro es preciso tener un talento de lo que no se estima; otro socio, absolutamente y rematadamente calvo, se las había arreglado de manera que medio Londres le tomaba el pelo a todas horas; otro

socio había tenido la fortuna de lograr que un catedrático de la Universidad le aceptase un almuerzo, en el cual había melones de postre, y contra toda lógica el catedrático se entusiasmó con los melones y, no sólo les aprobó, sino que dijo que eran sobresalientes; otro socio, que había viajado por España, demostró que en Sevilla los sacerdotes bailaban las sevillanas y las bailaban todos de coronilla; otro socio, manco de los dos brazos, realizó la imposible tarea de hablar por los codos en una junta general de su gremio; y otro socio, finalmente, presentó las pruebas de que había contraído matrimonio con una joven del Uruguay y de que él había ido a la ceremonia elegantemente vestido de frac, con lo que demostró que era el único inglés que se había casado con un frac y con una americana, imponente dificultad que le valió una ovación de las más formidables que se daban en el club.

Aprobados los Estatutos, inaugurada la casa social, y elegida la junta

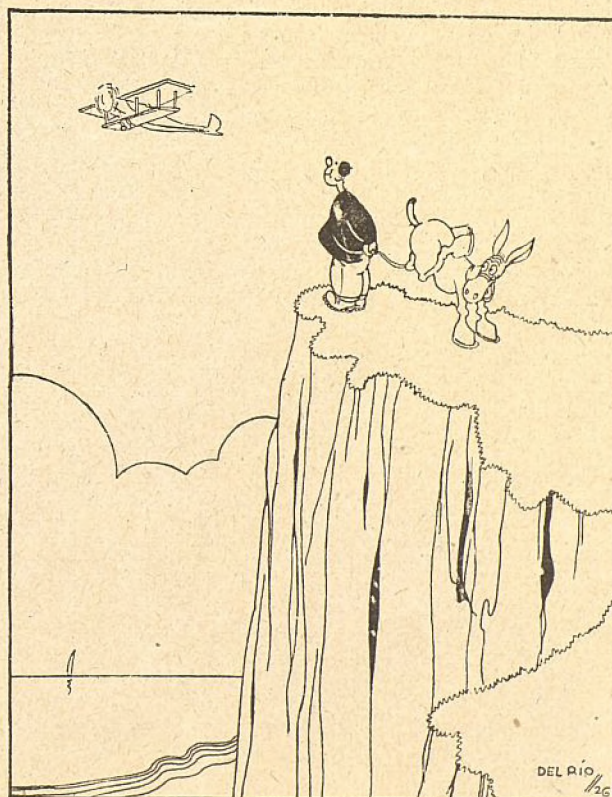
directiva entre los socios que más difíciles barbaridades habían perpetrado, comenzó el club de los imposibles su actuación intensa y, al año y medio, figuraban en él unos dos mil gachós, en cuyas hojas de servicios constaban una porción de hazañas tan majaderas como las que hemos expuesto sucintamente a la consideración de ustedes.

Y entonces surgió, imperiosa y tremebunda, la necesidad de acometer nuevas empresas que colocasen al club en la situación de engrandecimiento y admiración universal a que aspiraba. En las juntas de la sociedad empezaron a presentarse proposiciones, a cual más inaudita y descabellada, para llevar a cabo cosas imposibles y debemos reconocer que desde el primer momento acompañó el éxito a sus autores y que en los libros del club llegaron a figurar feñas tan prodigiosas, trabajos tan increíbles, que el propio Hércules les habría hecho fu si hubiese sido gato.

¿Quién de ustedes, amigos míos,

Dir. DEL RÍO.
Barcelona

—¿Cómo me
gustaría volar!



hubiera creído que en ayunas se podía tomar un tranvía? ¡Pues un socio del club de los imposibles, hizo este disparate y no le ocurrió nada!... ¿Quién hubiera pensado que para cazar un león con un lazo, solamente hacía falta ponerse una corbata, aparte, claro es, de llevar un fusil para darle en la cabeza, precaución que no contradecía lo otro, puesto que, al fin y al cabo, la caza del león se verificaba con el lazo?... ¿Quién habría sido capaz de divinar que, dentro de una tahona, se podría arengar a *las masas* aunque estuviesen suspendidas las garantías constitucionales?... ¿Qué hombre, medianamente razonable, hubiese estimado hacedero y fácil el conseguir que chocasen dos trenes sin que hubiera una sola víctima, cosa que logró un socio del club adornando ambas locomotoras con mantones de Manila, con lo cual no hay ni que decir que chocaron una barbaridad?... ¿Y quién habría concedido crédito al caballero que le dijese que era posible ir a la luna en automóvil, hazaña que llevó a cabo otro socio del club de los imposibles, con sólo meterse de cabeza con el auto por el escaparte de una perfumaría elegantísima?...

En fin, que llenaríamos cien páginas con el relato de todas las enormidades que brotaron de los enardecidos cerebros de los individuos del originalísimo club, pero como no tenemos tiempo para llamarlas, ni queremos tampoco ser cargantes, difusos y copartícipes de la industria hojalatera, vamos a limitarnos a registrar los imposibles más categóricos que llevaron a término los socios más aventajados del imponderable círculo.

Un día de marzo convocóse una reunión extraordinaria y, ante formidable concurrencia de socios, el presidente del club expuso el siguiente plan a sus compañeros:

Deseando este círculo conferir cuatro títulos de socios de honor, la junta directiva ha resuelto adjudicárselos a los caballeros que verifiquen las dificultosísimas hazañas que se mencionan:

Primera, poner banderillas en silla sin adquirir previamente ni la menor noción de lo que es el toreo a la española.

Segunda, poner un piso a la Mistinguett que, como todos sabemos, es una dama muy difícilmente seducible.

Tercera, conseguir que el famoso pugilista Dempsey, que cobra por boxear unas cantidades fabulosas, bo-

xee completamente gratis en un sitio público, a elegir el que convenga.

Y cuarta, descubrir el Polo sin ir a las regiones polares.

Pues bien, aunque a mis lectores les parezca que exagero, hubo cuatro socios del club de los imposibles que se inscribieron para realizar las atrocidades apuntadas. Uno salió para España (el de las banderillas en silla), otra para París (el del piso a la Mistinguett), el tercero para Nueva York (el que pretendía que Dempsey boxeara de guagua) y el cuarto (el que pretendía descubrir el Polo), salió, pero sin decir adónde dirigía sus británicos pasos.

Y el club esperó ansioso el resultado.

Al mes y medio se recibía en Londres la siguiente majadería metida en un telegrama:

"Silla (provincia Valencia). Hállome este pueblo levantino. Coloquéme camarero café importante. A cada distracción parroquianos, cobro peseta por café que vale dos reales y duro por paella que marca tres cincuenta. Demostrado que pongo banderillas en Silla, sin saber torear. Salgo para esa recoger premio de mi triunfo."

El club vibró de entusiasmo y, cuando aún no se había apagado el frenesí de los socios, recibióse un segundo despacho que decía así:

"París. He puesto piso bellísima artista Mistinguett. Hecho contrato alquilar a su nombre. Muebles lujosos. Comedor Luis XV, salón segundo Imperio, alcoba Renacimiento. Debo hacer constar que Mistinguett no ha querido venir habitar piso y hasta faltóme memoria familia, diciéndome que por quién la había yo tomado. Pero como lo que había que hacer es poner un piso a la Mistinguett y yo se lo he puesto, no creo tenga importancia el detalle de que ella no lo quiera. Lo convenido está hecho. Voy a esa, ansioso escuchar vuestro aplauso."

El efecto de este telegrama fué ya indescriptible, pero donde la locura tomó caracteres de ferocidad fué al recibir el parte cablegráfico que se copia a continuación y que firmaba el tercer socio:

"Nueva York. En el centro de la Quinta Avenida, uno de los sitios más públicos de esta capital, he hecho boxear gratuitamente al egregio Dempsey. Llaméle moral cuatro veces, písele callo pie izquierdo, saquéle lengua en forma burla villana. Y Dempsey atizóme soberbio directo, sopla-

mocos mano siniestra, serie puñetazos mandíbula, enormes. Una de las mejores tardes de su vida. Muchedumbre encantada espectáculo, grandes ovaciones. Cablegrafía desde Casa socorro. Estoy sin una muela, incluso la del juicio, pero de ver boxear tan de cerca a Dempsey se me ha hecho la boca agua, además de hacérseme cisco. Regreso en cuanto encuentre mi dentadura u otra que la sustituya."

Este tercer triunfo colmó ya las esperanzas del club de los imposibles y ya nadie dudó de que el socio que faltaba, que era el que iba a descubrir el Polo sin molestarse en hacer el viaje helado de otros descubridores, lograría también el más profundo éxito en su gestión.

Pero, sin embargo, tardaban en llegar a Londres las anheladas noticias de este ciudadano y pasaron dos meses, tres meses, cuatro meses, muchos meses sin que se supiera ni una palabra de sus andanzas.

Y miren ustedes lo que son las coincidencias: la primera noticia de que este último socio había triunfado también, la tuvo este modesto servidor de ustedes antes de tenerla el club.

Fué de esta manera:

Hallábame yo, hace medio año, presenciando un partido de fútbol en Barcelona, encargado por BUEN HUMOR de no hacer la revista de ninguna manera, cuando un espectador que se encontraba detrás de mí y que hacía rato me miraba fijamente, me dirigió esta pregunta con un acento inglés que era una lástima:

—¿Osté ser Polo?

Y al contestar afirmativamente, encantado de que un extranjero me conociese, el inglés me atizó un golpe en el sombrero, me lo derribó al sagrado suelo y lanzó un ¡hurra!! tan formidable que le saludaron los dos equipos creyendo que iba por ellos.

Y es que el tío acababa de realizar la empresa soñada hacía tantísimo tiempo: ¡descubrir el Polo sin salir de Europa!

Y al darme cuenta de que se trataba del socio del club, encargado de la cuarta hazaña, le felicité efusivamente por su triunfo, recogí mi sombrero y pensé escribir el presente artículo a propósito de la estupidez referida.

Y aquí le tienen ustedes.

No me digan ustedes que soy un idiota, porque ya lo sé.

ERNESTO POLO

ENTREVISTAS DE «BUEN HUMOR»

Gelasia Barbeito, de la compañía Barbeito-secuela

Queríamos presentar hoy a nuestros lectores una mujer de teatro. Queríamos, naturalmente, que fuese un tipo representativo del teatro español contemporáneo, y para esto, desde doña María Guerrero hasta la encargada del "water-closet" de Martín, ninguna figura tan caracterizada como Gelasia Barbeito, que en estos artísticos menesteres tiene un relieve de medallón y una autoridad de bastonero en ejercicio.

Cuando nos presentamos en el ele-

El marido de Gelasia nos anima a dar comienzo a la "interview".

—Afortunadamente —dice—, está usted entre verdaderos artistas. Pregunte sin temor, pregunte, que nosotros ya sabemos que nada interesa tanto al público como lo que no le importa. Verá usted. Empezaré por decirle que yo, Inodoro Refilat, ex cantante de ópera, me casé con Gelasia Barbeito, la gran actriz, maestra en caracterización para escenas de adulterio y similares.

jamón de York si me quedaba en París. ¿Cierto, Fermín?

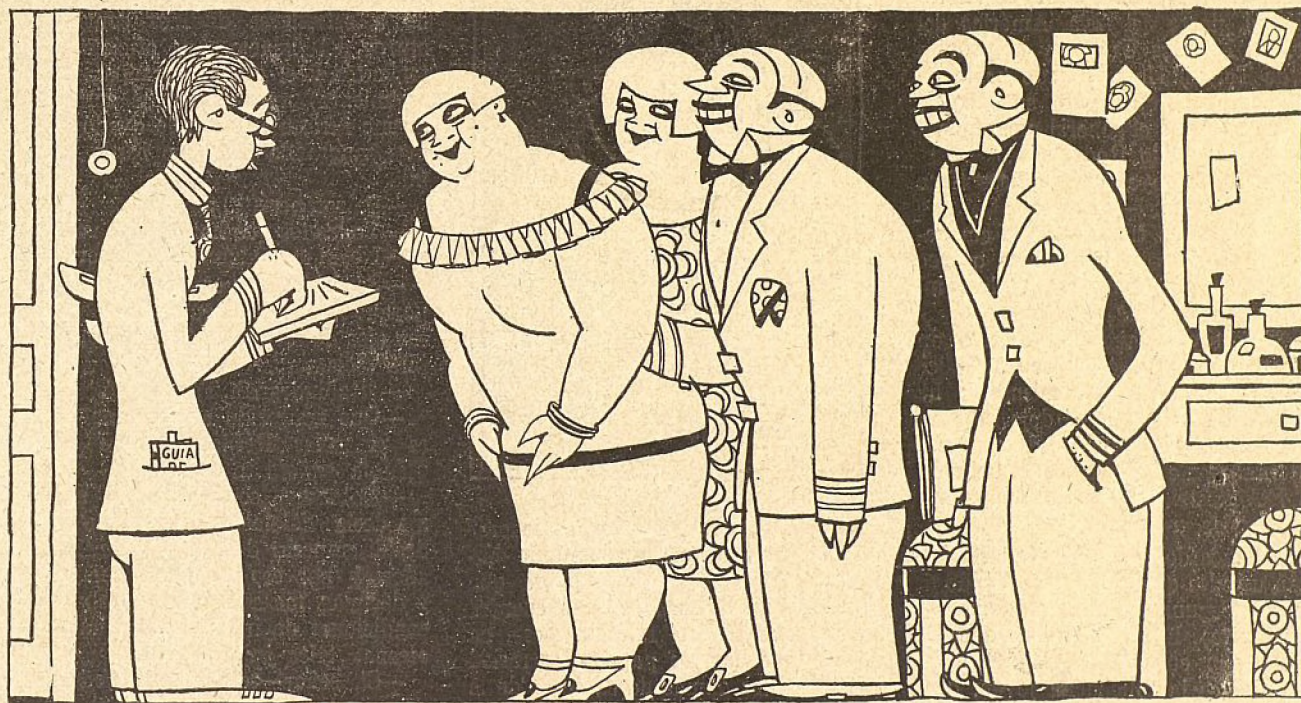
Y Fermín, que debe ser más tonto que un partido de "hockey", exclama:

—¡Cierto! Se los ofreció el empresario del Teatro Real de aquí.

—El año 1924 era yo bajo.

—¡Caramba! Pues de entonces acá ha dado usted un magnífico estirón.

—No. Quiero decir bajo de ópera. Verá usted. Desde París marché a América y en la travesía se me cambió el tono de voz de tal modo que al



gante coliseo de la Chopa, Gelasia está en su camerino acompañada de su hermana Concha y de los esposos de ambas artistas que son, a su vez, hermanos entre sí. El esposo de la gentil Gelasia es el director de escena y el de la Concha el apuntador.

Mientras Gelasia, detrás de una cortina de cretona más floreada que una diana, termina de maquillarse, nosotros examinamos a los dos hombres, no dudando, después del examen, en calificarlos de sobresalientes, ya que se da en ambos la extraña circunstancia de que, siendo más feos que Picio, son muy bien parecidos... entre sí.

En este momento se alza la cortina y aparece Gelasia, caracterizada de alumna aventajada de la Normal, tan maravillosamente, que no titubeamos en declarar que para el difícil arte del maquillaje se pinta sola.

El señor Refilat toma de nuevo la palabra:

—El año 1917 era yo barítono de ópera en la Scala de Milán. ¿Verdad, Fermín?

Fermín asiente poniendo una cara de cretino que desmeleno.

—El año 1922 pasé a la Ópera de París. A Madrid no vine porque me ofrecieron seis mil francos diarios y un

debutar en Nueva York, en el Metropolitan, canté de bajo. Después de haber realizado mis ilusiones de empezar a subir en la Scala, triunfar en la ópera de París y trabajar en el Metropolitan, pensé en volver a Reus, mi tierra natal, para casarme.

—Entonces —dice Gelasia— me conocí a mí y nos amamos...

—Sí, señor. La conocí y exclamé: "¡Me caso en Reus!"

—Y, efectivamente, al año siguiente fuimos a Reus para que un sacerdote bendijera nuestra unión.

—Nuestra unión y lo que ésta, que es muy literata, llamaba "nuestro

símbolo de fecundidad", el ave fénix de nuestros amores".

—Y el tonsurado bendijo nuestra unión—termina Gelasia—. Más aún; bendijo la unión y el fénix... y ahora que ya sabe usted el por qué de nuestro casamiento, le voy a contar a usted mi historia artística. Yo empecé trabajando en funciones de inexpertos aficionados. Después hice *bolos* en los pueblos comarcanos. Más tarde, deseosa de cambiar de ambiente, finji partir para un bolo en Las Matas y me uní a una compañía de verso que iba en "tournée" artística a la Mesopotamia. Mis pobrecitos papás me esperaron en vano, hasta que al fin, pasados seis meses y un día, comprendieron que lo del bolo era una bola. A partir de entonces he recorrido con diferentes compañías todo el Africa Oriental, parte del Asia, América del Sur, los Estados Unidos y la provincia de Teruel. He trabajado hasta en una compañía que, para su regocio personal, formó el general nicaragüense don Sarpullido Rodríguez.

—¿Y qué proyectos artísticos tiene para el porvenir?—interrogo.

—Estamos en tratos con un empresario de París que nos ofrece quince mil francos por noche y hacerle a mi esposo caballero de la Legión.

—Yo estoy tratando este asunto con la franqueza que me es peculiar—dice el ex cantante—. Hoy mismo le he escrito diciéndole que se deje de condecoraciones y que me dé diez y siete mil francos. Le he puesto textualmente: "Conteste con claridad; cuanto más francos, mejor."

Hablamos del teatro en general (no crean ustedes que nos hemos subido al paraíso. Seguimos en el camerino de la Barbeito). En el género de opereta frívola que cultiva Gelasia, el ideal de mujer es la muchacha joven, des-envuelta y formada con corrección de regimiento de "higlanders". Claro que a lo mejor sale alguna respetable jamaica, con sus 90 kilos corriditos, cantando aquello de:

—¡Somos gráciles, somos frágiles!

Y hasta bailándolo con agilidad de paquidermo reumático. Y no pasa nada.

—El público es muy bueno—dice Gelasia—. Ya ha visto usted en la obra que hemos estado representando: "El Arpa de David", en cuyo reparto figuran las siete esposas de Absalón. Mi marido, que para poner en escena estas obras históricas se documenta concienzudamente, se remontó a los israelitas después de haberse remontado a la guardilla, que es donde archiva sus enciclopedias, y comprobó que al



hijo de David le gustaban las señoras obesas como a un barbilampiño bachiller. Pues bien, como quiera que entre las muchachas no se encuentra ni una que no esté falta de peso, ha habido que dar los papeles de recién casadas a las damas de carácter de la compañía, y resulta que al llegar el hijo del Rey de los hebreos a su palacio y gritar un esclavo:

—¡Niñas, Absalón!

aparecen en escena siete señoras que, si supieran, sumarian entre todas seis-

cientos cuarenta y ocho años bisiestos. Y no hay ni una protesta, créame.

Un pateo ensordecedor llega hasta nosotros. Es que ha pasado la hora de empezar y el público se impacienta.

Fernín corre a esconderse bajo su concha cual galápago inconsciente.

—Para terminar, Gelasia, cuente un episodio de su vida.

—Allá va. Era en la India lejana y misteriosa. Un poderoso maharajah, educado en Inglaterra, se enamoró de mí como un jumento de cinco pies de alzada. Su amor no fué correspondido y juró vengarse. Un día en que unos oficiales ingleses me invitaron a tomar un "grog" a la puerta del palacio del gobernador, el despechado reyezuelo embistió a toda la velocidad de su automóvil el veladorcito en que teníamos los vasos, destrozando todo y yendo a estrellarse después contra los muros del palacio. Los oficiales (dos tenientes y el oficial de zapatero del regimiento) murieron en el acto y el mismo furioso enamorado quedó a mis pies sangrando como un cerdo oriental.

—Se rompería algún vaso.

—Todos los que había en el velador.

—No, si digo algún vaso importante.

—Se debió romper hasta la crisma: porque inmediatamente clavó en mis ojos de serpiente de cascabel y expiró diciendo:

—¡Rabindranah Tagore!

—Que traducido al cristiano—aclara el señor Refilat—quiere decir: "¡Mala puñalá te den!"

—Entonces, como todo el mundo me decía: "Gelasita, has nacido hoy", decidí empezar de nuevo a contar mis años, y por eso hoy, que cuento 39 y décimas, me aventuro a probar mis condiciones de ingenua. Me llaman a escena. ¡*Alea jacta est!*

—Sí, señor—tercia don Inodoro—, *Alea jacta est*. Que vertido al castellano sin derramar ni una gota quiere decir: "La jalea está hecha".

GARRIDO

(Dibujos del escritor.)

Agente exclusivo de BUEN HUMOR en la isla de Puerto Rico

DON MANUEL MOCETE PADILLA

P. O. Box, n.º 124. — PONCE

Ayuntamiento de Madrid

¿EN QUE QUEDAMOS?

Voy a decir en forma
de seguidillas
(desprovistas de gracia,
pero sencillas)
que más de dos mujeres
he conocido
(viudas desde la muerte
de su marido
y unas con brillo puro
de aristocracia
y otras de cuproníquel
por su desgracia
y otras pertenecientes,
no de buen grado,
al hoy favorecido
proletariado)
que han estado viviendo
con sus esposos
(unos buenos y honrados
y otros odiosos),
como gatos y perros,
envidia horrible
de pelea continua
e irresistible,
tirándose los platos
a la cabeza
con la más *exquisita*
delicadeza,
renegando unos de otros
ante la gente
y hasta haciéndose *bultos*
sobre la frente.
Bueno, pues yo conozco
casos diversos
(y para comentarlos
hago estos versos)
de mujeres que pierden
todo el marido
a quien meses y aun años
han maldecido
y que, en cuanto es difunto
las muy taimadas
se muestran hondamente
desconsoladas.
Las lágrimas que vierten
forman lagunas
y hasta de suicidarse
tratan algunas.
Hablan de sus pasados
dulces amores;
todo son ya suspiros
misas y flores,
y, al tratarse del muerto,
no les arredra
costearle una tumba
de rica piedra.
—¡Pobre Juan mío!—Pura
solloza hoy día—

¡Bien sabe todo el mundo
que me quería...
aunque un día, al mirarle
como una boba,
me rompió dos costillas
con una escoba!...
¿Ven ustedes qué brecha
llevo en la frente?
Pues me la abrió el que pudre
con una fuente!...—
Y después de enseñarnos
tales destrozos,

vuelve con los suspiros
y los sollozos.
Que se repita el caso.
¿no es estupendo?
Pues si ustedes lo entienden,
yo no lo entiendo.
Una de dos: o en vida
no se anda a tiros,
o sobran los sufragios
y los suspiros.

JUAN PÉREZ ZÚNIGA



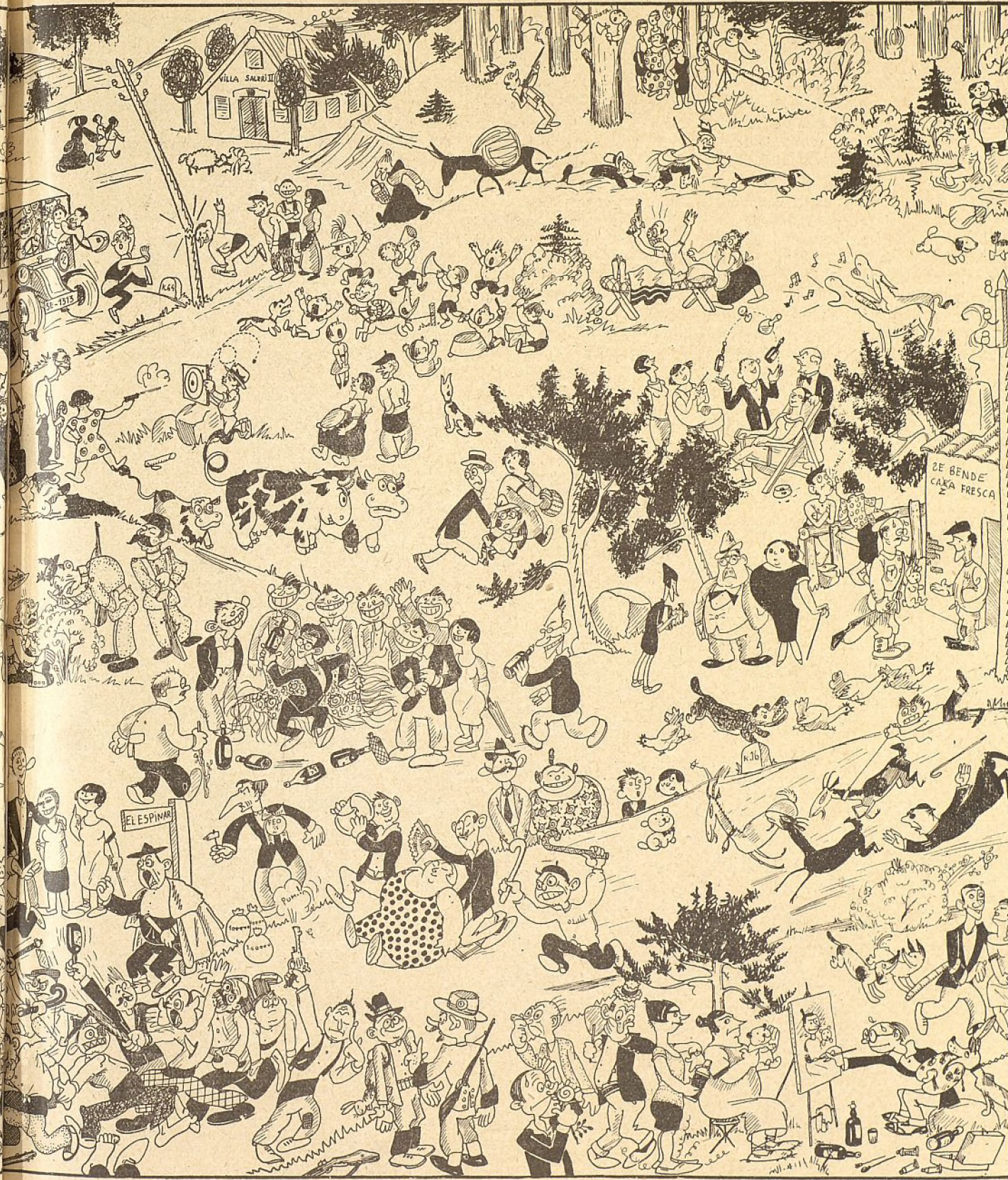
Dib. ALLOZA —Madrid.

—¡A ver si me asáis bien a este hombre blanco!
—Le gustará a Vuestra Majestad, porque ya tiene
la carne de gallina.



LAS DELICIAS DE UN VERANEO EN SAN RAFAEL

Recuerdos de un verano. Muchas gracias. No hay de qué.



Dib. SAMA.—Madrid.

EL GASTRONOMO

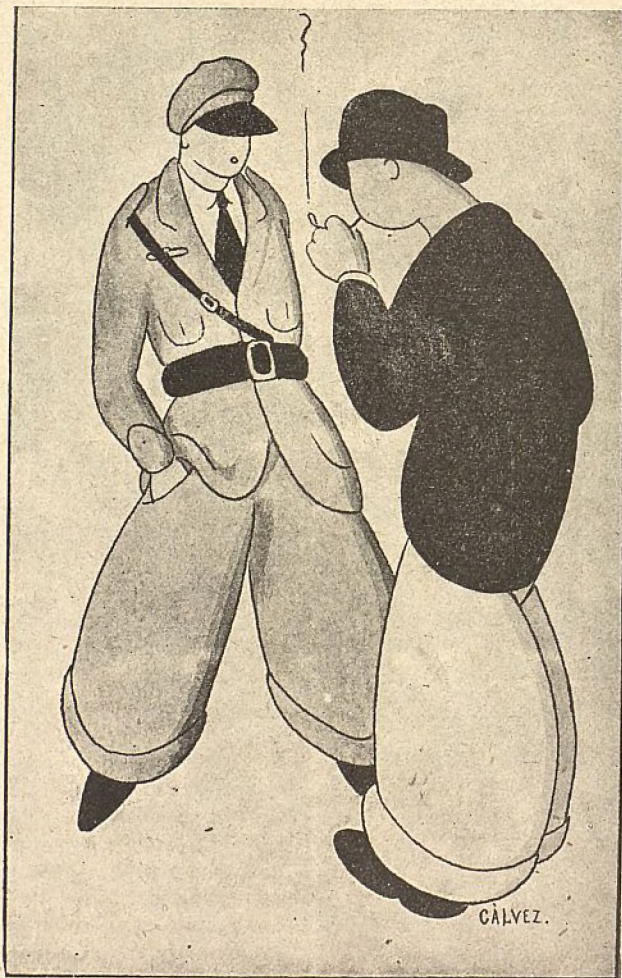
El orgullo de don Bernardo Bernárdez del Hoyo y Suárez de Tojedo no era el llamarse marqués de Menchaca, conde del Muñozo y barón de Trespiques; ni era tampoco el descender por línea directa de un cruzado heroico, un noble mallorquín de castillo y mesnada, otro noble castellano de cuchillo y horca, un general aventajado de Jaime el Conquistador, un abate de galante historia y un presunto descubridor de cierto rincón de América, que ni Colón, ni Vespucio, ni otros compañeros mártires habían tenido el talento de ver ni la perspicacia de incorporar a sus mapas.

Con ser todo lo apuntado, y con tener por antepasados a todas estas buenas gentes que acabamos de nombrar, don Bernardo Bernárdez del Hoyo y Suárez de Tojedo no cifraba su orgullo en sus títulos estupendos ni en su árbol genealógico, frondoso y copudo. Tampoco lo basaba en sus enormes y profundos conocimientos del ajedrez, en su fortuna para el amor de las mujeres guapas, en su genial manera de montar a caballo, en su colección de sellos de correos del África Central y en su amistad fraternal con Titta Rufo. Don Bernardo no se ensoberbecía por nada de esto; ¡nada

de eso!... Al contrario: jugar al ajedrez con Capablanca o jugar con Mussolini (que era jugar con camisa negra), y darles a ambos un mate al rey, le dejaba tan fresco; una bella novicia, ya para profesar, caída de pronto en sus brazos, no le hacía verificar más movimiento que el necesario para recogerla; un premio en un concurso hípico, lo cobraba y en paz, y ni él ni el caballo se volvían a ocupar del asunto; y un sello africano más, o dos gallos menos del barítono amigo, tampoco le quitaban un minuto de sueño.

Y, sin embargo, don Bernardo tenía un orgullo, un punto de amor propio, un flaco de soberbia satánica, una presunción que le hacía mirar por encima del hombro y con un reojo desdenoso al resto de la Humanidad; ¡don Bernardo era el primer gastrónomo de España!...

Meditemos un poco sobre esto, señores, porque es una cosa de una importancia tan categórica, de una transcendencia tan monstruosa, que aun los que comemos de cualquier manera, nos sobrecogemos de admiración cuando nos sentimos en presencia de un gastrónomo. El gastrónomo forzosamente ha de ser un hombre excepcional; desde luego ha de ser marqués, conde o barón, como lo era don Bernardo, que era barón de Trespiques, conde del Muñozo y marqués de Menchaca; ha de tener muchos y sonoros apellidos como los tenía don Bernardo que, además de llamarse (como ya hemos dicho dos veces y ahora vamos a decir la tercera) Bernárdez del Hoyo y Suárez de Tojedo, se llamaba en las grandes solemnidades, cual son bautizos, bodas y banquetes, Reginaldo del Castillo y Gaytán de Ursino; ha de descender de nobles y de aventureros, de guerreros y de descubridores; y ha de ser, en suma, hombre mundano, seductor de doncellas, profesor de equitación, *hacha* de los juegos de cálculo, coleccionista y abonado a la ópera. El gastrónomo tiene el gusto más refinado que el artista, porque es mucho más fácil distinguir un cuadro bueno de uno malo, que una manteca fina de otra manteca extra. El gastrónomo posee una cultura infinitamente más extensa que el bibliófilo, porque está



Dib. GALVEZ.—Madrid.

—¿Y cómo se te ha ocurrido hacerte aviador?
—Pues, por ver si asciendo más de prisa.

probado que los guisos son mucho más numerosos y complicados que las obras maestras de la Literatura, y que por cada *Quijote* salen tres clases de asados de faisán y por cada *Divina Comedia* sesenta procedimientos para condimentar el solomillo de vaca. El gastrónomo, además, es el crítico más temible entre todos los críticos tremendos que el orbe padece. Ustedes tocan el piano y no tienen inconveniente en teclear un rato delante de Rubinstein. Ustedes cantan y no les remuerde la conciencia de ponerse a dar agudos gritos ante el amigo Fleeta. Ustedes pintan una birria y se la enseñan tan tranquilos a Romero de Torres para que diga qué le parece. Pero ustedes guisan, o pagan a una cocinera para que lo haga, y al convidar a comer a un gastrónomo tiemblan como reos en capilla, se avergüenzan como señoritas en día de boda y se turban como colegiales que no sepan la asignatura.

Y tienen ustedes razón para ello, porque el gastrónomo se comerá vuestro pollo, se embaulará vuestros escalopes, se jamará implacablemente vuestra langosta con tártara, pero lo hará sin que de sus labios salga el menor elogio, con un gesto de severidad tan salesiana, con un desdén tan irio, con un silencio tan mortal, que estarán ustedes deseando perderle de vista y no se atreverán a convidarle más.

Digámos, pues, de una vez, que don Bernardo Bernárdez del Hoyo Suárez de Tojedo Reginaldo del Castillo y Gaytán de Ursino, marqués de Menchaca, conde del Muñozo y barón de Trespiques, era el gastrónomo más aterrador de la Península, el punto fuerte de todos los comedores aristocráticos del reino, el genio culinario por excelencia, el *gourmet* por antonomasia, el hombre que hacía felices a sus anfitriones no por elogiarles un plato, sino por tener la condescendencia de no tirárselo a la cabeza. De don Bernardo se refería que cierta vez que fué invitado a comer por un duque de Guisa, hubo de decir indignadamente: ¡este Guisa guisa muy mal y no me volverá a coger por su cuenta en mi vida!..., amenaza que cumplió al concienzudo pie de la letra. Y de don Bernardo se cuenta que permaneció soltero por no encontrar en todo el planeta una sola dama que se comprometiera a ponerle el pavo

con trufas con la perfección e idoneidad que él exigía.

Inútil nos parece advertir que Bernárdez del Hoyo, como todo buen gastrónomo, aceptaba todas las invitaciones a comer que se le hacían, pero que él, en cambio, no invitaba jamás a nadie. Don Bernardo comía absolutamente solo en su casa, los miércoles, viernes y domingos, y de estos festines pantagruélicos y heliogabalescos no pudo haber nunca ningún testigo ni copartícipe, aunque muchos lo hubieran deseado y hasta habrían dado años de vida por conseguir tal honor.

Ya era viejo don Bernardo cuando

se empezó a susurrar en los centros aristocráticos que estaba unas miasmas arruinado, afirmación que se hizo más concreta al ver que vendía el *Fiat*, los diez caballos de sus cuadras, una colección de vasos etruscos y dos lienzos atribuidos a Rembrandt. La gente pensó, y pensó bien, que todo aquello se lo comería Suárez de Tojedo en cuatro días y con la magnificencia acostumbrada y, quizás por esa consideración, dejó de invitarle con la pertinacia que antes. Don Bernardo, por tanto, comió en su casa desde aquel momento, además de los miércoles, viernes y domingos, los lunes y sábados, y acabó por frecuentar las



Dib. GALINDO.—Madrid.

—He visto esta mañana una china que daba el opio.

casas ajenas algún martes que otro y algún jueves aislado, y gracias.

Sin embargo, siguió tan gordo y tan gastrónomo como siempre, hasta que se murió.

Pero después de muerto, hubo alguien que pensó arrebatarse su bien ganada fama.

Verán ustedes...

* * *

Reginaldo del Castillo y Gaytán de Ursino tuvo la desgracia de no morir como un ser corriente y vulgar.

Murió de un modo heroico, al atravesar una calle. Un *Fat*, quizás el suyo por venganza, le infirió un trastazo categórico y le hizo harina de linaza.

Víctima de una perfecta conmoción visceral, cayó en el Depósito de cadáveres y, como a cada quisque, hubo que hacerle una autopsia tan innecesaria como indiscreta.

Y del frío informe redactado por los doctores encargados de la ceremonia son las siguientes palabras que deshonraron toda su vida y pulverizaron toda su luminosa fama, tan trabajosamente adquirida:

"En el estómago de la víctima se han hallado escasos restos de alimentos. Haría unas catorce horas, al sobreenir la muerte, que había comido una ligera porción de judías con chorizo y no más de medio panecillo candial. Nada de bebidas alcohólicas, ni

café, ni otra infusión. Abundante agua..."

¡No se le puede poner en ridículo a un hombre de una manera más traidora y más miserable!

Y sirva esto de aviso a los genios para que procuren no morir violentamente, porque así como lo que interesa de los gastrónomos es el estómago, lo que importa de los genios es la cabeza; y nos aterra pensar en lo que se encontraría dentro de ciertas cabezas si se hiciesen autopsias con más frecuencia entre determinadas personas que tienen estupefacta a la opinión pública.

¡Sería la verdadera caraba!

NÉSTOR O. LOPE

CAPRICHOS

LA PLAZA ACIAGA PARA LOS TOREROS

—En esta plaza siempre hay cogida, decían a los forasteros los indígenas de aquel pueblo.

Allí resultaba herido medio de muerte, todo torero que iba a torear por ferias. Era fatal.

Pero aquella tarde de corrida iba a acabar el sexto toro y no había sido cogido nadie.

El público comenzó a protestar:

—¡Señor presidente, esto nó puede ser!

—¡Cogida! ¡Cogida! ¡Cogida!— gritaba en coro estentóreo el público como quien pide "¡Caballos! ¡Caballos!"

El matador por fin despidió al último toro de una estocada larga y profunda.

Entonces todo el público se echó al ruedo, y como era la obligación que en aquel pueblo el matador saliese herido, le dejaron medio linchado en mitad del ruedo.

EL TRASPAPELADO

En la Dirección de Seguridad se olvidaron de aquel detenido insignificante, sumiso, del que nadie sabía por qué había sido detenido, ni él mismo.

El tímido detenido, respetuoso con la temible casa de la denuncia, no se atrevía ni a tocar ninguno de aquellos timbres que por una casualidad

podían llamar al sicario o al verdugo.

Sólo a la semana siguiente el plumero de la limpieza general dió con él en un estado lamentable de muerte, flojo como un traje colgado de la cruz.

Ni provocando en él la respiración artificial, ni con una inyección de adrenalina, ni dándole una coz con el suero equino, lograron reanimarle.

Hasta que a uno de los ciclistas de la escuadra móvil se le ocurrió aplicarle la máquina de llenar de aire los neumáticos y el detenido traspapelado volvió a la vida.

LA MUJER DE LOS DIEZ GATOS

No tenía para comer, pero alimentaba a diez gatos.

Ese era el escándalo de los que la protegían:

—Si dejase a sus gatos... Pero ahí la tiene usted en una bohardilla vuelta con sus diez gatos...

La pobre mujer cada vez más en el infierno de sus manías, dialogaba con sus gatos, les explicaba lo difícil que está la vida y veía en ellos las reencarnaciones de los parientes que había ido perdiendo en la vida.

Los gatos estaban muy flacos pero daban movilidad a aquella bohardilla y siempre parecía que se estaba cayendo algo de una percha o se deslizaba al suelo el chal de la vieja.

Inexplicable resultaba cómo podía

alimentar a aquellos diez gatos la engatunada mujer, pero más inexplicable fué aquel no salir de su casa por espacio de quince días sin que vecinas ni portera la oyesen rebullir.

Hasta que el cerrajero abrió la puerta de su chamizo y se encontraron que la pobre mujer había desaparecido y diez gatos enormes, gordísimos y relucientes, se atusaban los bigotes al sol.

GREGUERIAS

El buho pregunta "¿qué hora es?" antes de salir.

* * *

Sonaba aquel ladrillo con el din-din de la nota meñique de un piano.

* * *

En la Costa Azul florecen los palos de telégrafo.

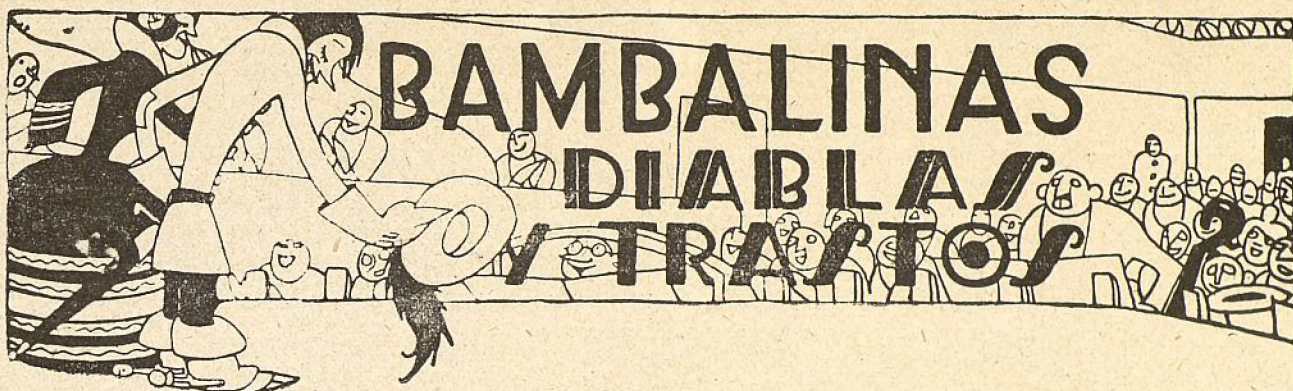
* * *

Hay unos puentes en los caminos térreos que son el origen de muchas chateces.

* * *

Era cosa de buscar un detective para saber por qué cuando nos ponemos títeres resulta que están a distinta medida a como estamos seguros de haberles dejado.

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA



POLICIAS Y LADRONES

Las baterías teatrales han encendido ya sus fuegos de invierno y han comenzado a disparar; ninguna, sin embargo, nos ha llegado al corazón tan definitivamente como la compañía Alcoriza, que ha establecido en el Coliseo Pardiñas su campamento de comedias policíacas. ¡Oh, qué ilusión!... La dramática policíaca nos cautiva; es necesaria. Lo mismo que en la vida es necesaria la existencia del Cuerpo de policías para hacer frente al cuerpo de ladrones, en la dramaturgia es necesario también que exista frente a la dramaturgia de tanto bandido, una dramaturgia detective que nos proporcione y garantice nuestra seguridad personal.

El Canciller de hierro ha sido la obra escogida para inauguración. Da lo mismo esa que otra: son todas formidables. *La herencia de la muerte*, *El ojo de cristal*. *La máscara de los ojos verdes*, *La mano de las uñas negras*, *El testamento del Príncipe Bizco*, *La cuerda de la Torre de los ahorcados*, *El rayo invisible*, *El fantasma de gafas negras*... ¡qué sabemos! Para nosotros son todas iguales: todas buenas.

La Princesa Balkánica había sido muerta misteriosamente cuando envenenaron al Conde. La Princesa había sentido un amor "bolkánico" por el Conde Pituitza, tzigano que tocaba el violín en la Corte de Rusia. Y fué envenenada por orden del degenerado de la barba rubia que subió al trono gracias a su crimen. El fruto de los amores de ella fué un hijo, Wladimiro, y fué puesto a salvo por Gaspar, el perro fiel de la dinastía de Tchenko, que huyó a ocultarse en Bosque Negro.

Vivía olvidado de su crimen el tirano de la barba rubia, llamado por el pueblo Barba de Panocha, cuando en la procesión del Corpus, un fraile pasó frente al tirano cubierto el rostro con la capucha. Barba de Panocha dió poca importancia al detalle: los nubarrones encapotaban el cielo, y como ya sabemos que la capucha de los frailes cae sobre su cabeza cuando se acerca la lluvia, el Tirano Barba de Panocha se encogió de hombros y se dió: "Será que va a llover". El monje extendió entonces la mano. El cortejo no dió importancia ninguna al detalle. "Como el rey—pensaron todos—ha dicho que va a llover, ha sacado la mano y extendido el brazo para ver si caía alguna gota". Barba de Panocha, sin embargo, cayó desvanecido: había visto en el dorso de la mano extendida del monje el tatuaje del *Triángulo de las Siete Puntas*. El espanto le impidió gritar. Deliró durante dos días: la campana, la cuerda, la torre—gritaba en su delirio.

Cuando volvió en sí, no pudo ser hallado el monje por ninguna parte. En cambio, hallaron en el lecho del rey una chinche, y, sujeto con la chinche, un papel. En el papel estaba dibujado el triángulo de las siete puntas, que en esta ocasión tenía sólo seis. Barba de Panocha sabía bien lo que significaba aquéllo, pero echando mano al puñal exclamó, apretando con ira los dientes: "Nos veremos", y clavó el puñal—satánico—en el triángulo.

Aquí terminaba el primer acto.

En el Castillo encantado de los Cuervos estaba el Principito heredero. El castillo estaba encantado, pero el

Príncipe, no; temblaba de terror entre aquellos muros tétricos. Eran las nueve de la noche en un reloj de caja que había en la habitación. El reloj echó a andar, de pronto. Queremos decir que se movió, que se fué acercando al Príncipe como un fantasma. El reloj tenía dentro—como muchos relojes—un cuco; y antes de que pudiera el Príncipe dar un grito, una mano, la mano del cuco, que era Barba de Panocha, le cogía por la garganta y, atrayéndole con violencia, le metía dentro de la caja del reloj. Cuando el monje entró en la estancia y la encontró vacía, permaneció un momento en suspenso. El reloj a su espalda se dejó caer sobre el monje y la esfera del reloj se incrustó en la esfera craneana del monje. El monje lanzó una carcajada sarcástica y comenzó a cantar las horas: había perdido la razón. Salíó por los corredores del castillo haciendo el péndulo y diciendo que era el sereno.

Terminaba de este modo el acto segundo.

En el acto tercero aparecía una mazmorra. Allí tenía secuestrado Barba de Panocha al Principito adolescente. Sólo entraba él y un perro, magnífico ejemplar, que había recibido de regalo Barba de Panocha. Pero, ¡ah!, el perro era un perro policía enviado por la Secta del Triángulo, y llevaba y traía recados al preso. Llegado el momento de la evasión, el perro, antes de que cerrara el Tirano la puerta del subterráneo, le agarró una pantorrilla. Como aquel hombre lo hacía todo con los pies, quedó imposibilitado. Entonces se precipitó Gaspar—porque era Gaspar—en el sub-

terráneo, y oprimiendo un botón comenzó a descender el suelo: era una salida secreta que sólo Gaspar y Barba de Panocha conocían. Este no pudo seguirlos porque el perro le sujetaba. Pudo, no obstante, extendiendo el brazo, tirar de la cadena del depósito del agua: un verdadero torrente inundó la esclusa por donde huían los fugitivos y *escluso* decirles a ustedes el conflicto.

Terminaba así el tercer acto.

El cuarto era la esclusa llenándose de agua y los otros con el agua al cue-

llo. Efecto extraordinario. El torrente los arrastraba, y acababa el acto cuarto.

El quinto era excepcional; era excepcional porque dicen que no hay quinto malo y éste lo era. No tenía, el pobre, la culpa; sin embargo: ocurría la acción en el fondo del mar, y los actores se ahogaban, porque, eso sí, la propiedad escénica era extraordinaria y el agua era de veras. Tenían que entrar en escena los personajes arrollados por el agua; luchaban con un pulpo y veían la lucha de un tiburón

con el pez mosca, el terrible pez mosca del Océano Indico. A punto de pe-
recer encontraban un submarino: se agarraban al periscopio y el submarino, al subir, los llevaba a la superficie.

El acto sexto era la superficie del mar y los naufragos secándose al sol, encima del submarino, que resulta ser de la Secta del Triángulo, y que arribaba, por fin, a una isla.

—Es una Isla Virgen—dice uno.

—Desconfiemos—dice otro detective—. Puede que no lo sea del todo.

Y, en efecto, a los dos minutos de mirar grita señalando al suelo:

—Una planta.

Allí no había más que arena. Nadie veía la planta.

Sin embargo, comprendieron y vieron: no era una planta vegetal, era una planta humana. La Isla no era Virgen: la había pisado un hombre: era Virgen y Mártir.

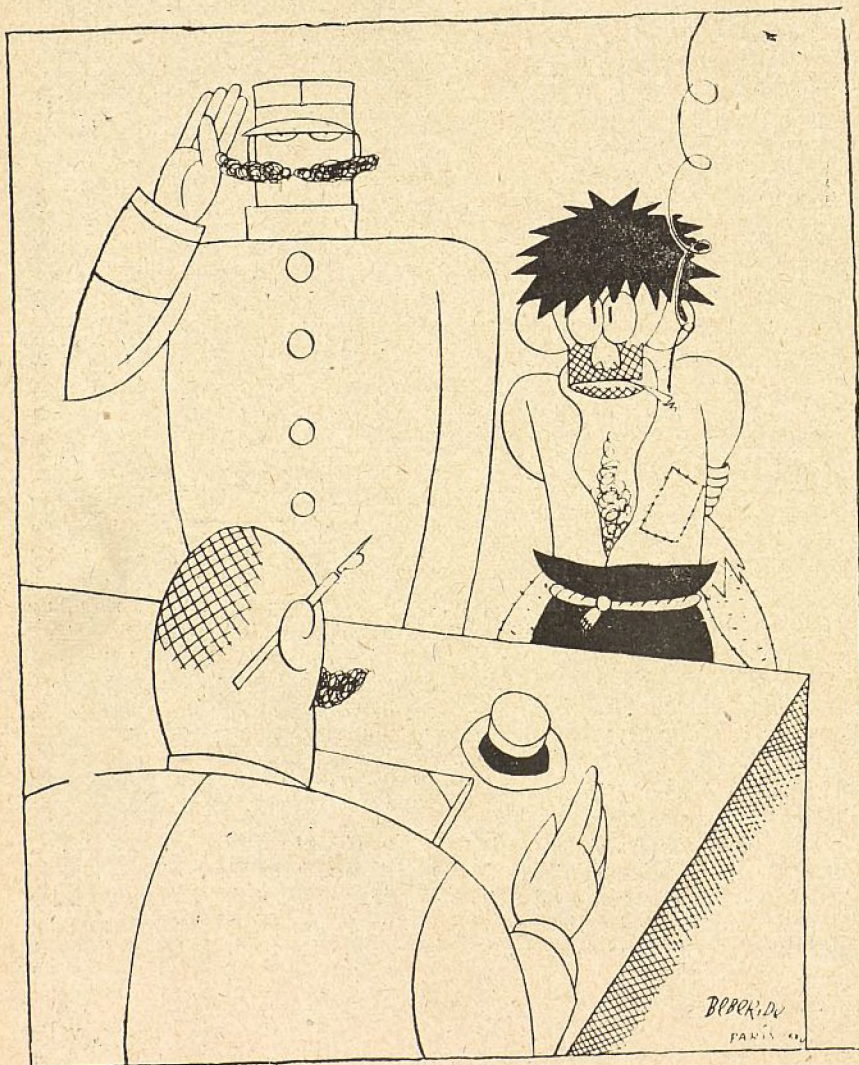
El detective examinó la huella con la lupa y de pronto lanzó un "¡hurra!"; la huella era de él mismo. No había nada que temer.

En la tierra, no; pero sí en el aire. Pronto se acercó un aeroplano: iba en él el Pirata de los Aires, el famoso y temible Pick-Nick, al servicio de Barba de Panocha. Se acercó a la isla, amaró y los amarró; les ató las muñecas a sendos troncos de árboles y allí los dejó para que fueran devorados por las fieras o muriesen de hambre y sed. Pero cuando el hidro iba a remontarse, ocurrió algo imprevisto. El detective se libró de pronto de las cuerdas. ¿Cómo? Era sencillo. Llevaba siempre unos brazos artificiales para dejar el brazo en manos del enemigo cuando éste le sujetara, por el brazo. Ahora, dejó los brazos falsos atados al árbol, desató a los compañeros, tiró el lazo de los "cow boy" a la cola del aeroplano del rival, y trepando por la cuerda se libró una batalla entre los dos. Viéndose perdido el Pirata se tiró del aeroplano a un tren que pasaba; pero como el tren era un tren corto y el Pirata era muy largo, no cupo en él y se despeñó puente abajo.

Así termina el séptimo episodio de la segunda serie.

Las otras diez series las contaremos otro día.

MANUEL ABRIL



Dib. BEBERIDE.—Paris.

—¿Por qué golpeó usted al denunciante?

—Porque es un idiota.

—Tenga usted en cuenta que un idiota es un hombre como usted y como yo.

PARA UN MANUAL DE PSICOLOGIA EL ADULTERIO

LUGAR DE LA ACCION: *Un despacho decorado con gusto y con cretonas.*

PERSONAJE QUE HABLA POR LOS CO- DOS: **HILARIO POZOBLANCO**, caballero de unos treinta y seis años, culto, agradable, incapaz de encolerizarse más de dos veces al mes, fino de espíritu y de cuerpo, tierno de corazón, de condición noble e inteligencia nada común. Uno de esos hombres en los que las mujeres no suelen encontrar grandes atractivos.

PERSONAJE QUE CASI NO HABLA: **SOLE- DAD SUAREZ**, conocida por "Solita" y también por "la de Pozoblanco", mujer de treinta años pasados sin dejar señal. Estructura regular, cuerpo regular, nariz regular, boca regular, ojos regulares, inteligencia regular, amiga regular de sus amigas, regular en sus afectos, bondad regular.

ANTECEDENTES Y SITUACION DE LOS PERSONAJES: **Hilario Pozoblanco**, ca- sado con **Soledad Suárez**, acaba de descubrir ese detalle universalmente conocido: su mujer le engaña con otro. Hilario iba en un tranvía; le habían dado un capicúa de cinco nueves y, en aquel momento, estaba persuadido de ser un hombre de suerte. Siete mi- nutos después, cuando el tranvía cru- zaba a toda marcha por la Castella- na, ha visto a su mujer cogida por el brazo de un individuo perfectamente desconocido y en esa actitud de con- templación embelesada, exclusiva de los amantes recientes y de los colec- cionistas de sellos.

Hilario ha tenido tiempo de arro- jarse en marcha del tranvía, de lan- zarse sobre la cónyuge y sobre su acompañante y de representar una de esas escenas sangrientas que suelen motivar la actividad de los fotógrafos de los periódicos ilustrados. Sin em- bargo, Hilario no se ha movido de su asiento porque, al ver el grupo, ha caído en un estado de inconsciencia tan grande que, al final del trayecto, el cobrador ha tenido que acercársele y decirle: "Caballero: hemos llegado."

Luego ha andado por no recuerda qué calles, y por fin ha detenido un taxi y se ha trasladado a su casa.

Ahora está en su despacho. **SOLE- DAD** no ha llegado aún, e **HILARIO**, ya repuesto de la sorpresa, se dedica a

esa peligrosa ocupación que se llama razonar.

Son las siete de la tarde, según de- clara el Longines de Hilario. El lec- tor va a oír el pensamiento de nues- tro héroe.

HILARIO (Sentado, encendiendo un cigarro): —Bueno... ¡Bueno! Para que uno se fie. Pues nada, está visto. Me engaña. ¡Qué idiota! Bueno... ¡Está bien! (Una pausa. Las pausas signi- fican que Hilario no piensa nada.)

¡Está muy bien! Me engaña... Sole- dad me engaña... (Tarareando, siem- pre mentalmente.)

"La Voz, ande, caballero, La Voz, ande cómpreme que trae todos los detalles del crimen que ocurrió ayer"...

Claro que, cuando venga, la estran- gulo. La muy... Por supuesto, si lo que la ocurre es que es tonta. Porque sólo una mujer que es tonta se lan- za a pasearse con su amante por la



Dib. MONDRAGON.—Barcelona.

—¡Que salgas! ¡Que te llama tu mujer!

—¡Bueno; a mí no me vengas con altas voces!

Castellana, a las cinco de la tarde y sabiendo que yo salgo todos los días. Y a lo mejor la ha visto cualquier conocido. (*Levantándose de pronto, excitadísimo.*) ¡Si no me valiera más que cogerla y...! (*Lé da un puntapié a una silla y la rompe.*) Vaya... Ya la he roto. Claro, y romperé todo lo que se me ponga por delante. (*Va a la librería moquinalmente, coge un libro de "Pensamientos célebres" y lo abre. Lee al azar:*)

"La mujer comienza donde acaba el Cielo."
Víctor Hugo."

(*Tirando el libro.*) ¡Este tío era idiota! Los hombres célebres... Si no hubiera habido hombres célebres, el mundo tal vez tendría sentido común. ¿Y quién será ese tipejo? ("*Ese tipejo es el acompañante de SOLEDAD.*") Vamos, a mí que no me digan... ¿qué motivos tenía ella para engañarme? Porque, ¡caramba!, yo no me porto mal... Que me enfado a veces... ¿Y ella, no se enfada? El lunes me echó una chillería porque puse los pies encima de una butaca. ¡Y a ella no le importa poner los pies sobre mi honor! Esto que ha dicho es una imbecilidad. ¿Cómo se me puede haber ocurrido esa majadería? (*Bajo los balcones pasa un vendedor ambulante, pregonando no se sabe qué.*) ¿Qué

pregona ese tipo? (*Se asoma a los cristales del balcón.*) ¡Ah! Perchas para la ropa... Pues no creo que haga falta gritar tanto para eso. Perchas para la ropa... Perchas para la ropa... ¿Y ese hombre vivirá exclusivamente de vender perchas para la ropa? Se ve cada cosa rara. (*Mirando su reloj.*) Las siete y diez. Pensar que a estas horas estará todavía con el otro... (*Una pausa mental. HILARIO se sienta en una butaca y de pronto se echa a llorar con grandes hipos.*) ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá!... ¡Mamá!... (*Su vista se fija en el mosaico del suelo y sigue el dibujo de los baldosines.*) Debe ser difícil inventar un dibujo de esos. Y tiene gracia cómo se unen las baldosas para formar las flores de los lados... ¡Ah! Cuando ella venga... ¡Cuando ella venga!... Vendrá tarde. Y me dirá esa idiotez que dicen las mujeres en estos casos: que ha ido de compras. ¿Qué se puede esperar de unos seres que gozan comprando cosas? De pronto, ¡pum!, ven una tela y se entusiasman. Una tela. ¡Hay que ver la trascendencia que le dan a una tela! Le diré cuando venga: "Te he visto; márchate de esta casa y no vuelvas a acordarte de mí"... Y ella se echará a llorar y a decir: "¡Dios mío! ¡Dios mío!" ¡No! Si llora, ¡la

mato! ¡La mato!! Lo que voy a hacer es disimular y, cuando estemos comiendo y me vaya a pedir el salero, le diré: "Pídeselo a ese señor con el que ibas esta tarde por la Castellana"... (*Levantándose, girado.*) ¡Soy un imbécil! ¿Cómo la voy a decir esa sandez? Me duele la cabeza. Si me suicidase... (*Coge su pistola y la monta.*) A ver si es verdad que el cañón está frío... (*Se lo apoya en la sien.*) ¡Uy, sí! ¡Qué frío está! Pero, bueno, me mato y ¿qué? Un jaleo en la casa. Entrarán los vecinos, la portera... El Juzgado... Y, además, todos supondrían que ella me engañaba. Si, después de todo, es verdad... Cuando venga, la insultaré, la llamaré cuanto se me ocurra. ¡¡No!! Llegaría un momento en que ella creería incluso había hecho bien engañándome... Aunque... Pero... Sin embargo... Pues señor, ¡bueno! La expondré todas las bondades que he tenido para con ella, todos mis sacrificios, todas las cosas agradables que la he podido lograr, y luego la diré: "En premio, tú has hecho esto; ahí te quedas; ya encontraré otra mujer que sepa apreciar..." ¡Que sepa apreciar! ¡Hum! Bueno... (*Apoyándose en la pared, como un niño castigado.*) ¡Dios, Dios! Y con lo que yo la he querido... Con lo que yo la quiero... A lo mejor se casó conmigo para lucir el traje blanco el día de la boda. (*Suena un timbre dentro.*) ¡Ella! (*HILARIO se estremece; tiemblan sus manos, sus labios y sus rodillas. Siente que no puede tragar bien la saliva.*)

(*Larga pausa. Dentro se oye la voz de SOLEDAD, que pregunta a la doncella: "¿Subió usted mis zapatos?"*) Luego un silencio, luego la voz de SOLEDAD otra vez: "Pues baje usted antes de que cierren".)

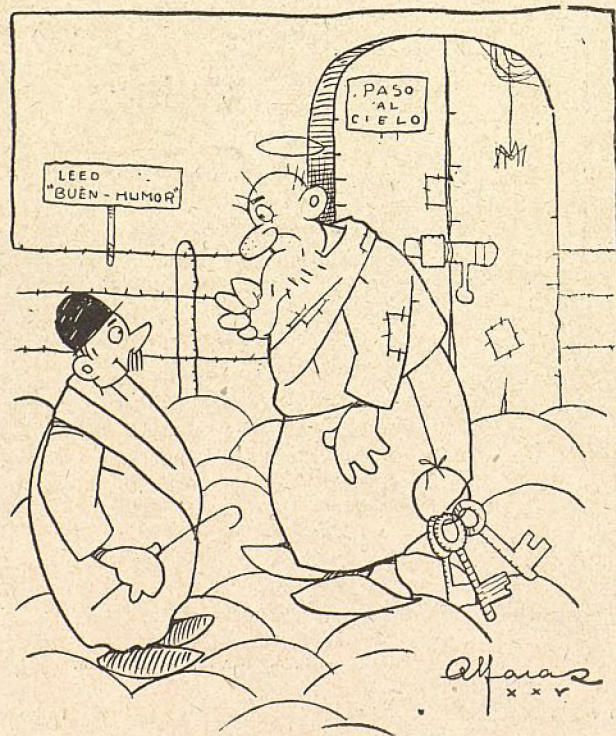
(*Entra en el despacho SOLEDAD. HILARIO la mira y en un segundo piensa todo esto:*)

HILARIO:—¿Y esta mujer tan insignificante, tan vulgarísima, tan fea—porque, ¡caramba!, ahora me doy cuenta de que es fea—tiene atractivos bastantes para que nadie se enamore de ella? ¡Qué risa! Ahora me parece un gato, un gato que pide de comer y luego da un arañazo. ¿Vale la pena de preocuparse porque le arañe a uno un gato? No vale la pena de preocuparse...

SOLEDAD:—Hola. ¿Qué hay?

HILARIO: (*Perfectamente tranquilo.*)—Ya ves. Lo que tú digas.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA



—Ya sabes que es más difícil que entre un rico en el Cielo que un camello por el ojo de una aguja.

—Sí; pero es que yo me he pasado la vida haciendo el camello.

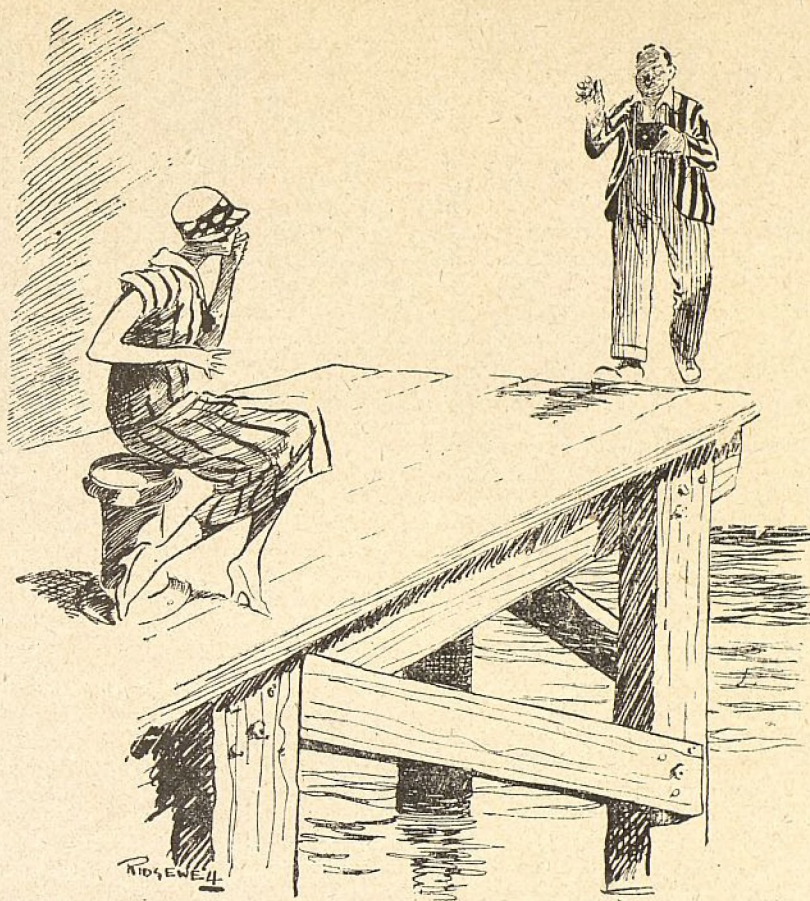
Dib. ALFARAZ.
Campamento.

CANAS



INVENTO MARAVILLOSO para volver los cabellos a su color primitivo a los quince días de darse una loción diaria con el Agua Colonia "LA CARMELA" no mancha la piel ni la ropa, pudiéndose emplear como perfume en los usos domésticos; su acción es debida al oxígeno del aire, por lo que constituye una novedad; su aplicación se hace con la mano.

Venta todas partes, y autor N. López Caro. Santiago, y Sucursal de Barcelona, Caspe 32, donde se dirigirá la correspondencia. Isla de Cuba, pídase con el nombre de Agua de Colonia del profesor N. López Caro, República Argentina, en todas partes. ¡Ojo! Cuidado con las imitaciones y falsificaciones.



El aficionado.—No ponga usted esa cara tan seria, señorita; piense usted en algo alegre...

De The Humorist.—Londres.

CHISTES DE TODO EL MUNDO

La señora.—Pero, María, ¿dónde está el teléfono?

María.—La señora Brown ha enviado un recado preguntando si podía hacer uso de él y yo se lo he mandado. Por cierto que me ha costado mucho trabajo arrancarlo de la pared.

De Daily Mirror.

El policía.—¡Va usted a quedar detenido en cuanto salga del agua!

El hombre, en el agua.—¡Yo no salgo! ¡Estoy suicidándome!

De Nebraska Awgwan.

—Debe usted dejar de beber para evitar que se le ponga la nariz colorada y tomar leche durante un año.

—La he tomado ya durante dos.

—¿Cuándo?

—Los primeros dos años de mi vida.

De Don Goyo, Buenos Aires.

—Quiero que sepa usted que me ha costado mucho trabajo ganar mi dinero.

—¿Cómo? Yo creía que lo había heredado de un tío inmensamente rico.

—Sí, pero me ha costado mucho trabajo sacárselo a los abogados.

Ladies' Home Journal.

La vía férrea estaba inundada a causa de las grandes lluvias y el viajero se vió obligado a detenerse en un pueblo. Se dirigió, aguantando la lluvia, a un hotel y dijo al camarero, al llegar: ¡Esto es el diluvio!

—¿Qué dice usted?

—¡El diluvio! ¿No ha leído usted nada respecto del diluvio, Noé, el Arca y el monte Ararat?

—¡No, señor!—dijo el camarero.— ¡No hemos recibido periódicos estos días!

De Aussie, Sydney.



EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO



Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo. Si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes».

Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

Un vascongado tartamudo quiere que le expidan su cédula personal y al preguntarle su nombre, contesta con gran trabajo:

—Her... Her... me... me... ne... ne... gil... do Ira... Ira... la... la... iza... iza... gui... gui... rre... rre... itu... itu... rria... rria... gai... gai... gu... gu... tia y...

El empleado mira con impaciencia el reloj y de pronto exclama:

—Caballero, son las dos y vamos a cerrar. Vuelva mañana y me dirá el segundo apellido.

Fernando León, Chis TT.

En un puesto de periódicos.

—¿Tiene usted *Mujer*?

—No, señor. Soy viudo.

Pedro Muñoz.—Albacete.

—¿Cuál es el colmo del doctor Voronoff?

—Quitarle las glándulas a un mono sabio y ponérselas a Castilla la Vieja.

Niño del Gurugú.—Melilla.

—¿En qué se parece un helado a una monja expulsada de la Comunidad?

—En que al expulsarla la dijeron: *sor-véte...*

Antonio Martínez Soriano.

Granada.

En un café un caballero coge un diario que pertenece a otro parroquiano y, al darse cuenta, dice:

—Dispense que me haya tomado la libertad...

AMADOR

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

El premio del número anterior ha correspondido al siguiente chiste:

—Oye papá, ¿por qué dice aquel hombre que pide limosna en la esquina: *que nunca se vean como se ve este pobre ciego?*

—Eso es una metáfora.

—¿Y qué es una metáfora?

—Ya lo sabrás cuando estudies Retórica, porque yo ahora no me acuerdo.

Carlos Atienza.—Madrid.

PASTILLAS DE CAFE Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO



La señora.—¿Dices, que una señorita ha dejado ésto para mí? Por la descripción que haces de ella, no puedo recordar quien pueda ser; ¿estás segura que ella me conoce?

La doncella.—Sí, señora; la conoce a usted muy bien, porque cuando la dije que llevaba seis meses a su servicio, exclamó: ¡Ave María Purísima!

De The Passing Show — Londres.

—Se equivoca usted, caballero. Es *La Voz*.

X.—Madrid.

Piropo.

—¡Vaya ojazos, morena! ¿Quiere usted que sea yo el profesor de sus niñas?

Karusu.—Madrid.

Riñe un matrimonio de gitano.

—¡Anda infame, mal hombre, que yo no sé qué va a ser de esta casa y de tus hijos y de mí! ¡Que nunca traes aquí una peseta! ¡Que *tóo* te lo gastas en vino!

—¡Maldito sea tu padre..., que *tóo* me lo gasto en vino! ¿Pero es que tú te crees que el aguardiente me lo regalan?...

Efegece.—Cercedilla

Un niño de corta edad llega a una farmacia y pide dos pastillas de aspirina.

El dependiente.—¿Quieres que te las ponga en una cajita?

El niño.—Si le parece a usted, las llevaré rodando.

Bartolo.—Santander.

Entre amigos.

—Francamente, chico, ¿no te parece que tu mujer se pinta demasiado?

—¡Como que en dos años que llevamos casados, todavía no la he visto la cara!

Luisín.—Estación Baeza.

—¿Cuál es el pez que tiene la cabeza separada de la cola?

—El bacalao, que tiene la cola

Si quieres purgar al nene elige el "Pruni", un jarabe de ciruelas. Le conviene y verás qué bien le sabe.



HERNIAS
Bragueros cien-
tíficamente
J. Campos
único MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID
Augusto Figueroa 8

UNA COLECCION DE
NUEVO MUNDO

perteneciente a los años 1896, 1897 y 1898 se desea ad-
quirir, tanto en números sueltos como encuadrada

Informes: en la Admón. de BUEN HUMOR

CUPON

correspondiente al núm. 252 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a
todo trabajo que se nos
remita para el Concurso
permanente de chistes o
como colaboración es-
pontánea.

No digas tonterías, linda Au-
[rora,
que el decirlas en ti no se con-
[cibe;
nunca ha habido, ni habrá, ni lo
[hay ahora,
nada como el Licor Polo de Ori-
[va

Margarita, un hijo lila, cogerlos
a los tres y plantarlos en me-
dio de la calle.

Perlita.—Almería.

—¿No sabes que Felipe, des-

pués de tomar en traspaso el
puesto de verduras, ya no se
casa?

—¿Y por qué?

—Porque la novia se ha fu-
gado con otro.

—¡Atiza! ¡Se ha quedado con
puesto y sin novia!

Manuel Salgado García.
Madrid

—¿Cuál es el colmo de la
economía?

—Mirar por encima de los
lentes para no gastar los cris-
tales.

José Centeno.—Constantina.

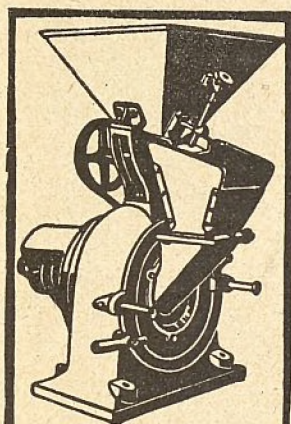
Cosas de niños.

—Oye, mamá, ¿dónde vive la
luna?

—La luna no vive en ningún
sitio. Está en el cielo.

—Como dice papá muchas ve-
ces que está en su cuarto...

Maria Soler Azpiolea.
Santander.



MOLINOS
de todas clases, para mano
y fuerza motriz. Tritura-
dores. — Desintegradores.
Cortadoras. Tamizadoras.
Inmenso surtido.
— Pídanse catálogo
MATTHS. GRUBER
Apartado 185, BILBAO

Pistola "KNOCK-OUT"

Un tiro con la pistola "Knock-out"
casi asfixia a un agresor durante unos
diez minutos sin matarle ni herirle.

Precios: con un cañón, marcos oro 4; con dos
cañones, marcos oro 13; con tres cañones, mar-
cos oro 16; cartuchos, marcos oro 0,20

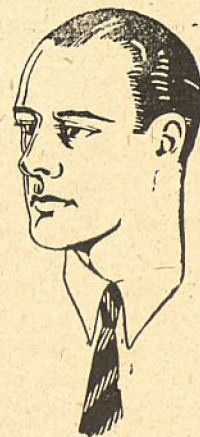
Pago adelantado

KOMET-VERSAND
CHEMNITZ, 45.—SAJONIA



*El perfume
"Varon Dandy"
por varones psicológicos
actúa poderosamente a
la mujer*

*Probado es que la mujer
le impone al hombre de
sus ilusiones.*



PERFUMERIA PARERA
Badalona

en Madrid y la cabeza la tiene
en Escocia.

Luis Lozano.—Melilla.

El colmo de un jardinero:

Tener una hija Rosa, otra

AGENTE DE PUBLICIDAD
PARA
BUEN HUMOR
EN CATALUÑA
Félix Verdún Daly
ROSELLO, 402 BARCELONA



Manuel Nezúmar. Valencia. — Ese cuento nos lo refirió el año 1895 el señor alcalde de Utiel. Luego se lo oímos a un camarero de un café de Liria. Hace diez años nos lo repitió el maestro Serrano, mientras se comía una paella a la vera nuestra, en el pueblo de la Albufera, donde pesca un llobarro y diez reumas cada temporada. Y, en fin, un poco después de caer García Prieto, nos volvió a colocar el cuentecito un profesor de la banda de Tabernes de Valldigna. ¿Se explica usted ahora que al venir usted a contárnoslo, nos haya cogido un poquito cansados? ¡Pues eso es lo que ha sucedido y nada más!

Globe Trotter. Arriondas. — A pesar de la fuerza hercúlea que demuestran los personajes, el artículo resulta bastante flojo. ¡Es una paradoja que nos fastidia, por tratarse de usted, en quien se adivina un asturiano de apabullante simpatía!... Pero, en fin, ¡viva don Pelayo y a ver si otra vez tenemos un poquito más de suerte!

D. J. A. Madrid. — Lo de usted merece, como sanción no muy cruel, o catorce años o dos minutos, a elegir. Catorce años de presidio o dos minutos de garrote vil.

También nos conformaríamos con hora y media de bastón caballero, con tal de que fuera diestramente manejado y aplicado con constancia, tesón, eficacia y velocidad.

¡Vaya usted con Dios, que de buena se ha librado por no poner en la carta las señas de su casa! ¡Por supuesto, ya sabía usted lo que hacía!

Abel. Logroño.

Opinión de Juan Marín.
que es nuestro ordenanza fiel:
El artículo de Abel
es más malo que Caín.

Juicio que comparte el resto del personal de BUEN HUMOR con una unanimidad verdadera-

mente ofensiva para el literato logroñés que nos ocupa.

Uno cualquiera. Sevilla. — Mande la firma para que responda de las enormidades que dice su artículo, que, a pesar de todo, vamos a tener la humorística osadía de publicar.

T. B. Q. Zaragoza. — Su cuento se titula *Catástrofe evitada*. Y, ya ve usted lo que son las cosas, los que hemos evitado una catástrofe somos nosotros al decidir no publicarle. Claro es que tal vez usted no lo creerá, pero el ir su trabajo a Cestona es lo que impide que usted vaya a la casa de socorro y seguido por una legión de lectores, mucho más incomodada y enardecida que la legión que tantos estragos ha producido en el Marruecos insumiso.

Protasio Antón. Madrid. — Respire usted, satisfecho y feliz, ilustre amigo. Uno de sus dos artículos será publicado en nuestras casi inaccesibles columnas. El otro, el que tiene por título una fuga de vocales, no merece ni que mantengamos un minuto de palique en su honor.

C. R. C. Alcalá de Henares.

Su *Charla* es una simpleza que arrebató la cabeza.

Ernesto. Oviedo.

El artículo de Ernesto no está bien más que en el cesto.

¡Eso sí, allí está superiormente, como el pez en el agua, como el león en el desierto, como el espectador fuera del teatro!

Flores. Madrid.

¡Diez cuartillas superiores y cuatro litros de tinta emplea el amigo Flores para hablar de sus amores con su vecina Jacinta!

Y no crean ustedes que es exageración, hipérbole, ni ganas de tomar el pelo gratuitamente a un humorista desgraciado. Es que las cuartillas son gordas, las letras gordísimas y las cosas que nos cuenta, como ocurridas entre él y la susodicha Jacinta, mucho más gordas todavía. Y esta gordura es precisamente la que ha impedido que puedan pasar aquí. Hay una es-

cena, la de la prueba de la camisa, que es la prueba más concluyente de que eso, publicado en BUEN HUMOR, sería la caraba y provocaría una fuga de lectores como para que nos pusiéramos de luto para el resto de nuestra vida.

N. A. Z. León. — Sus cuartillas, que envuelven una feroz alusión a Lerroux, no sirven en cambio ni para envolver medio kilo de fideos. ¡Las cosas del mundo, que son un reverendo asco, compañero!...

Badulaque. Barcelona.

El amigo Badulaque nos manda unas aleluyas cogidas de un almanaque y nos dice que son suyas.

Y nosotros nos empeñamos en no creerlo y tan contentos todos.

T. B. de P. Aranjuez.

Señor don T. B. de P., ¡qué majadero es usted!

Monsieur Lebon. — ¡¡ Cochón!!

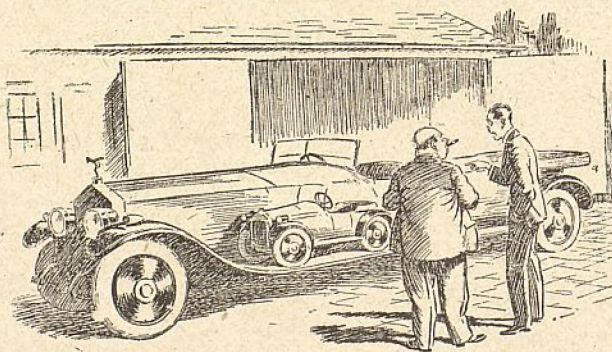
Pope. Valladolid. — Queda admitido su último envío. Es lo más gracioso que usted ha hecho. Así da gusto: ¡que los amigos adelanten en su carrera y que se metan en el Parnaso, sin necesidad de hablar al portero, es una cosa que nos vuelve locos de emoción y que hace que se nos derrumbe la baba vergonzosamente!

C. O. R. Málaga. — Allá por la novena cuartilla de su trabajo dice usted, en un colmo de inspiración genial:

"...¡Imposible!... ¡No puedo soportar ni un minuto más este martirio!... ¡Es preciso hacer algo!..."

Y, mire usted qué casualidad, a nosotros se nos ha ocurrido decir lo mismo, y nos hemos apartado con horror de las nueve cuartillas leídas y de las seis que quedaban por leer.

¡Y mano de santo! ¡Ha cesado el tormento inmediatamente!



El visitante. — Sí, es un magnífico ejemplar, pero ¿qué objeto tiene ese otro pequeño que lleva en el estribo?

El propietario. — Es para el chauffeur, para que pueda recorrer alrededor del grande en caso de panne y para echar aceite, gasolina..., etc..., etc...

De The Humorist. — Londres.

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATIRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 --).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNION POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5.—Madrid

APARTADO 12.142

Los famosos polvos

insecticidas de

Leyer y Compañía

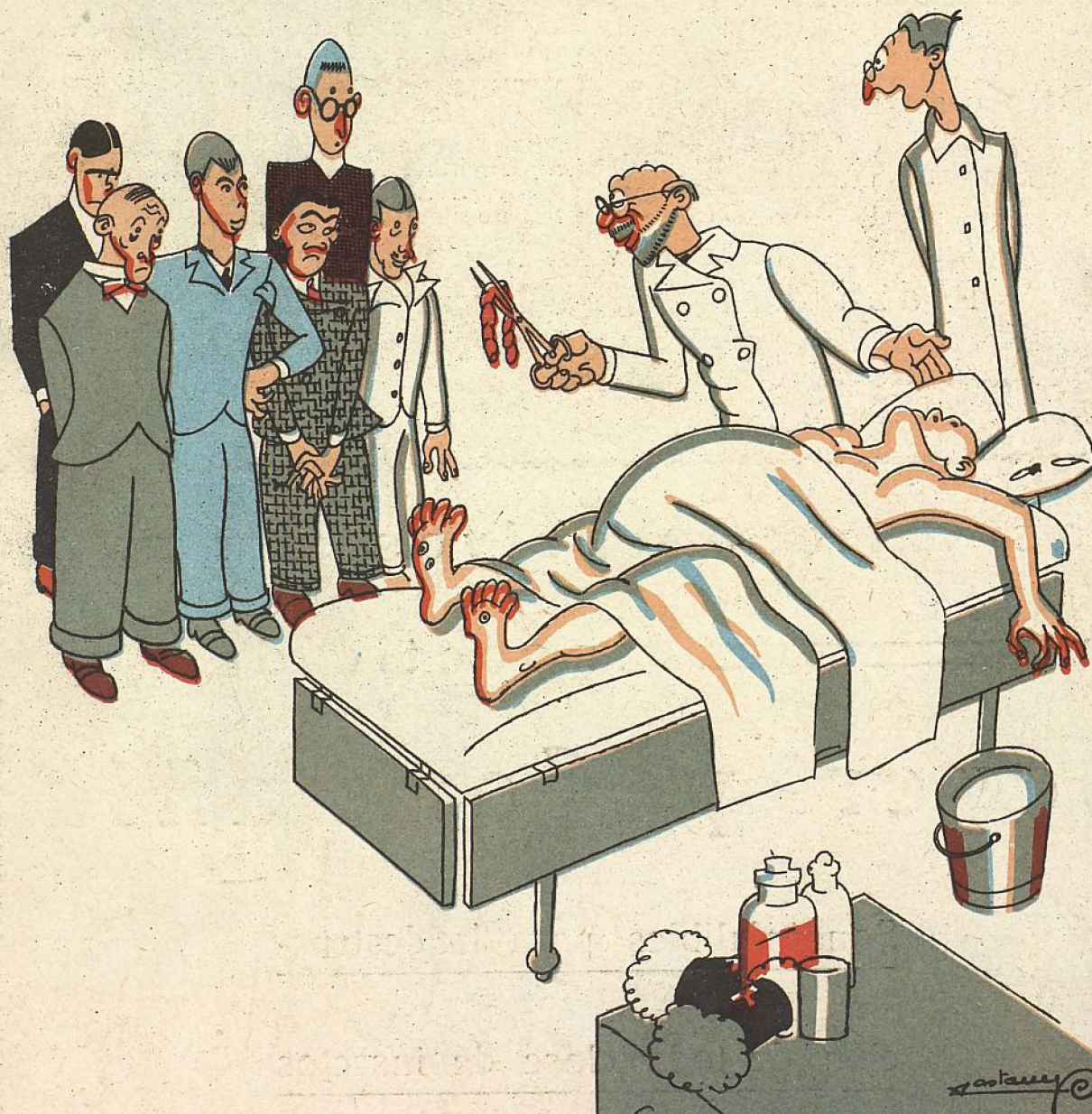
Son infalibles para la destruc-

ción de toda clase de insectos

PRENSA NUEVA, Calvo Asensio, 3. Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

BUEN HUMOR



RAZÓN DE CATEDRÁTICO

—Como habrán podido ustedes observar el paciente ha dejado de existir. Con el bisturí le he cortado la femoral. Esto lo he hecho únicamente para demostrarles con qué sencillez una distracción del operador puede costar la vida al paciente. Dib. CASTANY.—Barcelona.